



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Monografía Licenciatura en Trabajo Social

**Maternidades y desigualdades, un antes y después de
la pandemia**

Lucía Alonso Pintos
Tutora: Sol Scavino Solari

2022

Uso del lenguaje - El presente documento aborda, entre otros puntos, las desigualdades de género. A pesar de reconocer que el uso del masculino genérico en el lenguaje, así como el binarismo, ocultan desde lo simbólico lo femenino y no permiten reconocer identidades disidentes de género, se ha considerado por cuestiones prácticas utilizarlo en ocasiones, en tanto no haya un acuerdo respecto a los nuevos formatos institucionales de lenguaje inclusivo.

puedes oír a las mujeres que llegaron antes que yo
quinientas mil voces
sonando a través de mi garganta
como si esto fuera un escenario hecho para ellas
no sé qué partes de mí son mías
y cuáles son de ellas
puedes verlas apoderándose de mi espíritu
moviendo mis piernas y mis brazos
para hacer todo
lo que no pudieron hacer
cuando estaban vivas

rupi kaur

Agradecimientos

A los pilares de mi vida, que me han sostenido y acompañado durante todo el camino.

A todas las personas que creyeron en mí aún cuando yo no podía hacerlo, y me llenaron de una confianza inmensa.

A la Universidad de la República por cambiarme la vida y regalarme momentos y personas hermosas.

A mi tutora, Sol Scavino, por orientarme en este recorrido arduo y enrevesado, que hoy da frutos.

Y a todas las que, incluso con sus hijos en brazos, me brindaron su atención y su tiempo para la realización de esta investigación.

Muchas gracias.

Índice

Resumen	4
Palabras clave	5
Introducción	5
Fundamentación	6
Capítulo I - Propositiones teóricas	8
División sexual del trabajo	8
Representaciones sociales de género	9
Clase social, pobreza y desigualdad	11
Riesgo	11
Capítulo II - Antecedentes y Marco contextual	13
Capítulo III - Problema, Preguntas y Objetivos de investigación	17
Problema y preguntas de investigación	17
Objetivos de la investigación	19
Objetivo general	19
Objetivos específicos	19
Capítulo IV - Marco Metodológico	19
Metodología y técnicas de investigación	19
Estrategia de muestreo y Muestra	20
Operacionalización	21
Implementación	22
Capítulo V - Análisis y resultados	22
Apartado I - Riesgo social y pandemia. Contextualizando las maternidades en pandemia.	22
Apartado II - Cuidados y estrategias. Maternar en el nuevo contexto de pandemia.	26
Subapartado: Teletrabajo	32
Apartado III - Desigualdad de género en el TNR y de cuidados	35
Subapartado: La gerente del proyecto	42
Apartado IV - Maternidades	44
Reflexiones finales	49
Bibliografía	51
Anexos	54

Resumen

El presente trabajo se propone abordar la maternidad y el cuidado de los hijos en edades dependientes desde dos dimensiones: una dimensión subjetiva-emocional y una material.

La primera abarca las representaciones, ideas, percepciones y emociones que tienen mujeres que han sido madres, acerca de la maternidad y los cuidados. Mientras que la segunda, refiere a un nivel más concreto, respondiendo a las estrategias, planificación, ejecución, y prácticas de cuidado de los hijos.

Como elementos transversales al análisis se tuvieron en cuenta: la crisis socioeconómica y sanitaria producida por la pandemia del Covid-19; la posición de clase social; el género, y las relaciones de desigualdad que pueden generarse a partir de la combinación de las categorías mencionadas.

Se pretende conocer y comprender las experiencias de cuidado de los hijos, que han tenido mujeres de distintas posiciones socioeconómicas, antes y durante de la declaración de la emergencia sanitaria. Recuperando la mirada de ellas, a través de su perspectiva, sus experiencias y construcciones, reflexionando sobre las desigualdades de género y clase social subyacentes en nuestra sociedad.

Respondiendo a los objetivos de la investigación, se realizó un estudio de carácter cualitativo. Participaron del mismo 9 mujeres, con al menos un hijo menor de 10 años, organizadas en tres grupos. Estos fueron delimitados según su nivel de vulnerabilidad socioeconómica, y definidos mediante la aplicación de un formulario estandarizado. Posteriormente se aplicó una entrevista en profundidad a fin de aproximarnos a las vivencias de las participantes.

Esta investigación no pretende ser exhaustiva, pero busca poner de manifiesto las principales problemáticas experimentadas por las mujeres madres en pandemia, abordando desde sus subjetividades la experiencia del confinamiento con sus hijos/as, la necesidad de trabajar y los cambios que introdujo la pandemia en sus vidas cotidianas. Aportando a la temática desde la voz de las protagonistas, y analizando las experiencias según sus posicionamientos sociales.

Poniendo el foco en la maternidad, los cuidados y las desigualdades, los resultados de este análisis arrojaron que, en un plano subjetivo-emocional, todas las mujeres de este estudio adscriben a las mismas ideas y significaciones asociadas a la maternidad, como algo deseable y gozado que no revertirían, así como también presentan similitudes sobre las estrategias de cuidado de los hijos. Sin embargo, las diferencias de los niveles socioeconómicos se enfatizan al pensar en la definición de su identidad. Las mujeres que pueden desarrollar sus proyectos de vida

gracias a su situación contextual, tienen mayores costos identitarios y emocionales cuando ingresan a la maternidad, que las de niveles socioeconómicos de mayor vulnerabilidad que generalmente son madres en la adolescencia, siendo este un proyecto central en sus vidas. En cuanto al plano material, las diferencias de clase son más evidentes, esto se debe a la diversidad de posibilidades y vivencias que acompañan cada posición de clase social.

En relación a la desigualdad de género, gracias a la masividad que ha alcanzado el feminismo², las mujeres tienen conciencia de la desigualdad en relación a los varones, a pesar de ello, generar movimientos cotidianos acorde a los discursos emancipadores sigue siendo complejo y en ocasiones la posibilidad de acción es nula.

Acerca de la pandemia por el Covid-19, quedan planteadas las adversidades que trajo consigo la situación en general, específicamente la pérdida de espacios personales para las mujeres, la sobrecarga que implicó convivir con los hijos más de lo que se acostumbraba, y sostener el empleo y trabajo no remunerado en el mismo espacio. A pesar de las disconformidades y del deseo de que todo vuelva a ‘normalizarse’, se lee positivamente la posibilidad que este fenómeno habilitó para replantearse cuestiones que estaban muy arraigadas a nivel social, familiar y personal; así como también el cambio en la percepción del tiempo y la oportunidad de compartir más instancias con los hijos.

Palabras clave

Maternidad / Género / División sexual del trabajo / Clase Social / Pandemia por Covid-19/

Introducción

Esta investigación busca visibilizar las desigualdades, y la esencialidad del rol que las mujeres ocupamos en la sociedad, aún cuando la estructura patriarcal se esfuerza por invisibilizarlo.

La maternidad resulta un eslabón fundamental en el desarrollo y sostén del sistema social y económico. Enmarcada en una sociedad heteronormativa y patriarcal como en la que vivimos, generalmente trasluce una diversidad de desigualdades y violencias con las que las mujeres deben enfrentarse a diario.

El patriarcado puede ser entendido como “un sistema político que institucionaliza la superioridad sexista de los varones sobre las mujeres, constituyendo así aquella estructura que opera como

² Refiere al resurgimiento del feminismo latinoamericano, tomando como hito el movimiento Ni Una Menos (2015) que comenzó en Argentina y se expandió rápidamente por América Latina, gracias a las herramientas digitales y comunicacionales, principalmente las redes sociales. Así como la fuerte influencia de EEUU a través del movimiento de actrices #MeToo. Estas expresiones que dieron visibilidad a las desigualdades y violencias que sufrimos las mujeres por el sólo hecho de ser mujeres, convirtieron la temática en una cuestión popular, otorgándole a las problemáticas carácter público y colectivo.

mecanismo de dominación ejercido sobre ellas, basándose en fundamentación biologicista” (Vacca y Coppolecchia, 2012, p. 60). En lo concreto se presenta como mandatos vinculados con el ser y el deber ser de los sujetos; formas de configuración de la familia como institución, que comúnmente resultan degradantes para las mujeres; determinando y limitando sus trayectorias vitales en comparación a la de sus pares varones; generando desigualdades en el uso del tiempo; anclándolas en el ámbito privado; responsabilizándolas del cuidado de las personas dependientes; entre otros asuntos.

Por otra parte, un hecho coyuntural que ha atravesado y alterado la vida tal y como la conocemos fue la propagación del virus Covid-19, ocasionando la actual pandemia. Ésta nos ha obligado a generar movimientos y a re-adaptarnos a nuevas condiciones de vida. Más allá de las desastrosas consecuencias sanitarias y económicas, en el cotidiano este fenómeno rompe con la libre movilidad, la noción del tiempo, la organización del diario vivir; se expresa en problemáticas de salud física y mental, el miedo, el riesgo y la enfermedad toman papeles centrales en la vida de las personas. Los cambios que ha inducido a nivel psico-social la convierten en un elemento muy relevante para el análisis de la realidad actual.

Es por ello que resulta interesante adentrarse en la cotidianidad de las dinámicas familiares para recuperar la mirada de las protagonistas. Se trata de conocer la perspectiva de las mujeres que son madres, a través de sus subjetividades, experiencias y construcciones sobre la maternidad, la cotidianeidad, las estrategias y prácticas de cuidado, y las alteraciones que la pandemia pudo haber propiciado.

Fundamentación

Es importante observar las conformaciones familiares, las dinámicas de los hogares y las estrategias de cuidado de los hijos/as, porque a través de ellas, podemos acceder a cuestiones que se encuentran latentes en el ámbito social.

La familia es el escenario de la reproducción biológica, económica, psicológica y social. Es común, al referirse a la familia, que ésta se tome como algo homogéneo (Martinez 2008), eufemismo mediante el cual suele ocultarse buena parte del quehacer de las mujeres en la sociedad. Ellas son las encargadas de las tareas que conducen al desarrollo productivo y a la reproducción social, al responsabilizarse de los cuidados y tareas domésticas.

Atravesada por el contexto socio-histórico, económico y cultural, la familia se transforma continuamente. Así es que, durante los últimos 50 años se han visualizado movimientos claves como la incorporación de las mujeres al mercado laboral, el aumento en los divorcios, la

nuclearización de los hogares, entre otros cambios que han impactado sobre las conformaciones familiares y los roles de género, introduciendo nuevas tensiones. (Cabella, 2007).

“El modelo tradicional de familia representa sólo algo menos de uno de cada tres hogares en Uruguay.” (Batthyány, et, al, 2014, p. 12). A pesar de ello, los mandatos de género persisten, perpetuando la responsabilización por los cuidados y la carga de trabajo doméstico no remunerado (TNR) sobre las mujeres. Esto se vincula con los sistemas de género y la división sexual del trabajo, conceptos que serán abordados posteriormente.

El TNR que realizan las mujeres dentro del hogar, está conformado por: el trabajo doméstico (como el mantenimiento del hogar, la limpieza, la cocina, las compras, el pago y la gestión de los pagos de los cuales depende el hogar, entre otras); y el trabajo de cuidados, particularmente de personas en situación de dependencia (como niños y niñas; adultos mayores; personas en situación de discapacidad).

Esta división de roles y tareas, marcada por las estructuras del género, y la división sexual del trabajo, se materializa como limitaciones concretas para las mujeres, reproduciendo desigualdades de género y clase social. La observación de la organización y el uso del tiempo en los hogares de nuestro país, trasluce lo mencionado, las mujeres tienen la mayor carga de TNR, y la naturalización de estas circunstancias contribuye a la invisibilización de esta labor.

La desigual participación en el cuidado y en el trabajo no remunerado ubica a las mujeres en una posición desventajosa para el acceso al trabajo remunerado, a la participación política, a la educación, al tiempo libre, en definitiva en el acceso a derechos (Batthyány, et, al, 2014, p. 21).

Las mujeres salieron del ámbito privado para insertarse en el ámbito público, sin embargo los varones no generaron una acción concordante. Estas circunstancias configuran la doble jornada laboral para las mujeres, dado que siguen asumiendo el TNR mientras trabajan de forma remunerada a la par que los hombres. Esa doble jornada laboral se intensifica si las mujeres tienen hijos/as a cargo (Batthyány, 2015), debido a que recae sobre ellas fundamentalmente, la tarea de hacerse cargo de las estrategias de cuidado de los hijos.

En el marco de este estudio, con ‘estrategias’ se alude a la logística (planificación, diseño y organización de la vida), que permite generar a las familias una estructura cotidiana para cubrir las tareas domésticas y de cuidados de los niños y niñas. Las estrategias de cuidado no responden completamente a cuestiones racionales de eficacia y eficiencia. También abarcan acciones vinculadas con representaciones que no se apoyan en la lógica, sino que se sustentan desde los mandatos, la cultura, las costumbres y las subjetividades.

La idea de estrategia, criticada en sus primeras versiones por obedecer pura y exclusivamente a una teoría económica-instrumentalista del comportamiento social, actualmente se concibe como producto de la intersección de elementos estructurales (materiales), culturales (normativos, valorativos) y de las motivaciones individuales (WALLACE, 2002 en Batthyány, Et. al, 2016).

Más allá de los discursos institucionales, técnicos y teóricos que pueden abordar las distintas aristas de la desigualdad y de las problemáticas que aquejan a las mujeres en nuestro país, recuperar las miradas de quienes encarnan los mencionados problemas, generar comparaciones y análisis sobre ello, aporta elementos cualitativos que contribuyen a una lectura más integral de la realidad y sus transformaciones. Incorporando además las nuevas condiciones coyunturales generadas por la pandemia, teniendo como antecedentes las situaciones de desigualdad entre varones y mujeres ya expuestas.

Los múltiples cambios en las cargas de trabajo que produjo el contexto de emergencia sanitaria han sido vivenciados diferencialmente por hombres y mujeres. De un lado, el porcentaje de mujeres que declaró sentirse muy o bastante sobrecargada por las tareas del hogar desde la llegada del coronavirus quintuplica al de los hombres (20% versus 4%). (ONU Mujeres, 2020, p. 8).

Se pretende abarcar diversas aristas que hacen al cuidado de los niños y niñas, el trabajo doméstico no remunerado, y las representaciones de la maternidad, desde una perspectiva de género que considere la división sexual del trabajo. Observando que por lo común, son las mujeres quienes asumen la tarea mencionada, ya que a pesar de los cambios socioculturales y las influencias coyunturales del contexto, los varones siguen participando de manera asimétrica en esta labor.

CAPÍTULO I - Propositiones teóricas

División sexual del trabajo

Para introducirnos en la división sexual del trabajo es fundamental aproximarnos al concepto de 'género'. Según Marta Lamas (2000) el género es un “conjunto de ideas, prescripciones y valoraciones sociales sobre lo masculino y lo femenino” (p. 16). Es entonces una construcción social que apoyada en la diferencia sexual, establece un sistema binario que se define en: hombres y mujeres, masculino y femenino. Sobre él, se instauran roles y se fundan ideales que sostienen la sociedad heteronormativa y patriarcal.

De las características más importantes que el sistema binario impone, resulta la organización social, que enmarca la división sexual del trabajo y la demarcación de los ámbitos público y privado. Sobre estas diferencias se construyen las desigualdades de género, en las que los ámbitos asociados a ‘lo femenino’ resultan jerárquicamente por debajo de ‘lo masculino’.

En este sentido, Kergoat (2003), plantea que:

La división sexual del trabajo se caracteriza, por un lado, por la asignación prioritaria de los hombres a la esfera productiva, y de las mujeres a la esfera reproductiva; y, por el otro, por el acaparamiento por parte de los hombres de las funciones con un alto valor social agregado (políticas, religiosas, militares, etcétera). Esta forma de división social se halla regida por dos principios organizadores: el principio de separación (hay trabajos de hombres y trabajos de mujeres) y el principio jerárquico (un trabajo de hombre vale más que uno de mujer). (p. 847)

Si bien este modo de organización social se encuentra naturalizado, no es natural. Por el contrario, está socialmente construido, apoyándose siempre en la diferencia sexual biológica. Lamas (2000) contribuye con una clara distinción entre aquello que es natural (biológico) y aquello que resulta de una construcción social y se adjudica a un género. En este caso, por ejemplo, es natural que una mujer quede embarazada, sin embargo, que sobre ella recaigan las mayores responsabilidades vinculadas al cuidado y la crianza de ese niño/a resulta de la imposición de un rol social, de un mandato sobre lo femenino.

También es importante reconocer aquí las diferencias entre empleo y trabajo, es decir entre trabajo remunerado y no remunerado (productivo y reproductivo). Esto nos permitirá ahondar específicamente en las características del trabajo doméstico no remunerado, el problema de su invisibilización y naturalización, y su vínculo con la desigualdad de género.

Representaciones sociales de género

Las representaciones sociales son construcciones simbólicas que dan atribuciones a la conducta objetiva y subjetiva de las personas. El ámbito social es, más que un territorio, un espacio simbólico definido por la imaginación y determinante en la construcción de la autoimagen de cada persona; la conciencia está habitada por el discurso social (Lamas, 1999, p. 157)

Específicamente, las representaciones sociales de género responden a las construcciones simbólicas que se generan en torno al sexo biológico. Scott (1990) plantea “Una forma de

denotar las ‘construcciones culturales’. La creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres” (s/n)

Como ha sido mencionado, sobre la diferencia sexual biológica y natural, se apoyan roles, mandatos, representaciones y desigualdades. “(...) la diferencia sexual tiene cierta persistencia fundante: trata de la fuente de nuestra imagen del mundo, en contraposición con un otro. El cuerpo es la primera evidencia incontrolable de la diferencia humana.” (Lamas, 1999, p. 158) Nos define no sólo de manera individual, sino que también colectivamente, respondiendo a un orden que trasciende las subjetividades.

Al pensar en la maternidad y paternidad, encontramos mandatos específicos en torno al ‘ser mujer’ y ‘ser varón’ que la sociedad forja y reproduce a través de los procesos de socialización primaria; las personas más próximas que nos rodean; los grupos de pares; amigos; instituciones (sistema sanitario, sistema educativo, religión, etc.); los medios masivos de comunicación, redes sociales; y otros elementos que hacen a la cultura y al contexto histórico.

Los mandatos se materializan en las trayectorias de vida dispares de mujeres y varones, de madres y padres, respectivamente. Bajo los discursos predominantes de ‘amor de madre’, y las representaciones creadas alrededor de la maternidad, se esconden grandes desigualdades y la invisibilización de un arduo trabajo: maternar (Batthyany, 2015). Siendo el ámbito privado (doméstico) el escenario principal de esta labor, es aún mayor la tendencia a la naturalización e invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados.

Otro fenómeno vinculado al ámbito doméstico es la tercerización del cuidado de las infancias. Entendiendo esto como la compra de servicios de cuidados o contratación de personal doméstico. Fundamentalmente sucede en las esferas socioeconómicas medias-altas y altas de la sociedad, y ocupa laboralmente siempre a otras mujeres, circulando la responsabilidad por estas tareas continuamente dentro de lo femenino. Es generalmente utilizada como ‘apoyo’, en tanto los mandatos y las necesidades económicas del sistema relacionados al éxito, eficiencia y eficacia en términos productivos también son muy fuertes, y las mujeres madres no están libres de ellos.

El cambio en la participación económica de las mujeres no implica una reestructuración profunda del hogar: no hay redistribución de tareas y responsabilidades hacia los miembros varones; las mujeres amas de casa-madres ven sobrecargadas sus labores y en el caso de hallarla disponible, recurren a la ‘ayuda’ de otras mujeres del núcleo familiar (...) o a mujeres empleadas en el servicio doméstico. (Jelin, 1998, p. 197)

La maternidad en sí misma implica un ‘deber ser’ que en ocasiones no se acopla a los estándares de la productividad. Es de interés reflexionar sobre ello en el contexto actual, construyendo una mirada crítica de los mandatos sobre lo femenino.

Clase social, pobreza y desigualdad

El modelo de organización del sistema capitalista está constituido sobre la base de las relaciones entre clases sociales. Estas fueron definidas en primera instancia como burguesía y proletariado, diferenciándose entre sí por la posesión o no, de los medios de producción (Marx, 1867). En las sociedades modernas, estas relaciones se han complejizado, habiendo autores que definen otro tipo de clases y nuevas relaciones de poder. La clase que vive del trabajo se ha heterogeneizado, representando nuevos y diversos escenarios para sus componentes (Antunes, 2005).

El capitalismo, debido a su modelo de producción y consumo, es un sistema que reproduce continuamente pobreza y desigualdad. Además, regido por valores de competencia, individualización y rendimiento, tiende a disfrazar problemáticas generales como personales, particularizando los problemas. De este modo, la posición socioeconómica es fundamental para conocer las herramientas con las que las personas cuentan para hacerle frente a las circunstancias de la vida.

Los individuos tampoco están igualmente provistos para asegurarse por sí mismos contra las consecuencias de su participación en la vida social y los riesgos de la existencia. (...) La exposición al riesgo es desigual, como desiguales son los recursos de los que dispone cada cual para protegerse de él. (Merklen, 2013, p. 52)

En ese sentido, distintas posiciones en el espectro socioeconómico generan realidades muy dispares. Influyendo tanto en lo material, como en las representaciones más abstractas de la vida, la condición de clase es definitoria. Por lo que esta categoría resulta transversal a la hora de generar análisis sobre la realidad social. No obstante, estas diferencias de clase son muy distintas si las observamos desde una perspectiva de género.

Sin embargo, resulta fundamental correr los ojos de la individualidad, ahondar sobre la raíz común de los problemas, comprendiendo que las problemáticas trascienden lo individual, y los caminos de conquista y justicia social se encuentran a través de la organización colectiva.

Riesgo

Los riesgos sociales hacen referencia a las contingencias de la vida misma, y nos atraviesan a todos los integrantes de la sociedad. Sin embargo, existen diferencias. Como ha sido planteado en el apartado anterior, la exposición al riesgo social, o situación de inseguridad social está

directamente vinculada con la posición de clase de los sujetos. En la actualidad los riesgos son asumidos de manera individual. Las sociedades del riesgo son las sociedades de la individualización (Beck, 1998). En esta categoría se incorpora la mirada de los riesgos sociales y la precarización de su gestión, en conjunto con el escenario inédito de pandemia global.

El sistema de acumulación, así como la globalización que lo ha acompañado, ha tendido a complejizarse generando situaciones inéditas que componen nuevos riesgos sociales. En ese sentido, la pandemia surge como consecuencia de las nuevas relaciones que proponen la globalización y el capitalismo.

Durante el 2020 y hasta la actualidad, los medios de comunicación, la opinión pública, y en el imaginario colectivo social, replicaron información acerca de la pandemia con un foco profundamente sanitario (síntomas de la enfermedad; su nivel de morbilidad; un continuo conteo de casos activos; test realizados; maneras de prevenir el contagio; entre otros). Por lo general, no se difundieron herramientas informativas que habiliten al común de la población a generar reflexiones acerca de las causas - socio-ambientales, económicas, sistémicas - de este fenómeno, así como de las consecuencias de índole políticas, sociales y económicas que se han gestado en este nuevo escenario. Sin embargo, los costos sociales han sido tanto o más aplastantes que los costos sanitarios, y están enraizados con las decisiones políticas y económicas a niveles global, regional y nacional.

La crisis del Covid-19 ha llegado para destapar “un peligro que muestra la vulnerabilidad de un castillo de naipes que vivimos cotidianamente como si tuviera la fortaleza de una estructura invulnerable” (Dussel, 2020, p. 1). El contexto actual ha agudizado los aspectos más oscuros del capitalismo, acrecentando la pobreza, las desigualdades y la injusticia social. El golpe de la pandemia en América Latina, una región estructuralmente problemática, ha sido duro. Según las proyecciones realizadas por la CEPAL (2020), se espera una América devastada, con instituciones deterioradas, y con indicadores a nivel socioeconómico y político, preocupantes. Se ha evaluado dentro de este escenario, que las mujeres sufrirán las principales consecuencias, ya que se estima que la participación de las mismas en el mercado laboral, retornó a los valores de 10 años atrás (CEPAL 2021).

La tasa de participación laboral de las mujeres se situó en 46% en 2020, mientras que la de los hombres en 69% (en 2019 alcanzaron un 52% y un 73,6%, respectivamente) (...) En 2020, explica el estudio, se registró una contundente salida de mujeres de la fuerza laboral, quienes, por tener que atender las demandas de cuidados en sus hogares, no retomaron la búsqueda de empleo.

En general, los sujetos que se ven desprovistos de las protecciones generadas por el bienestar social se encuentran en situación de riesgo, es decir, de inseguridad social (Castel, 2010). El mercado, el Estado y la familia son esferas de provisión del bienestar. Particularmente Castel (2010) destaca dos dispositivos de protección social: el trabajo, remunerado y formal, es decir el empleo de la sociedad salarial, que viene acompañado de protecciones asociadas; y la propiedad social, que refiere a las respuestas a nivel institucional y Estatal para enfrentar los riesgos. Ambos dispositivos han resultado muy deteriorados con la crisis actual.

Continuando con la premisa de la centralidad del trabajo, Juliana Martinez (2008) plantea que “(...) los mercados laborales, y sobre todo las ocupaciones, son elementos centrales para comprender los procesos de generación de desigualdad socioeconómica”. Es decir, hay relación directa entre el lugar que ocupamos en el mercado laboral y la posición socioeconómica. Por ende, si incorporamos una perspectiva de género y reflexionamos sobre la división sexual del trabajo, estaremos ante un hecho inmediato: las mujeres se encuentran en mayor situación de inseguridad que los varones.

Entonces, en este escenario las mujeres son quienes se llevan la peor parte, por un lado, porque son siempre más afectadas que sus pares varones frente a crisis de cualquier índole; y además, porque son el sostén de la familia, una esfera que tiene un peso excepcional en la provisión del bienestar, que resulta insustituible y que ha cobrado aún mayor relevancia en el presente contexto de pandemia.

“No olvidéis jamás que bastará una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres vuelvan a ser cuestionados. Estos derechos nunca se dan por adquiridos, debéis permanecer vigilantes toda vuestra vida” Simone de Beauvoir.

CAPÍTULO II - Antecedentes y Marco contextual

La mayoría de las personas, en algún momento, de forma más o menos académica, hemos generado ideas alrededor de esta temática, por lo que no nos es ajena. Las reflexiones sobre la maternidad no surgen únicamente de lecturas previas o de datos recopilados a lo largo del tiempo por la academia. Sino también de conversaciones con abuelas, madres, tías, primas, mujeres comunes, con vidas comunes, en las que los conceptos, las nociones, y la información estadística, se encarnan.

Esta investigación se realiza enmarcada en la Universidad de la República (UdelaR), en la ciudad de Montevideo, producida durante el 2021, con la influencia de la pandemia por Covid-19, lo que le otorga un carácter específico.

Los datos demográficos producidos en el último Censo de 2011 muestran que, en Uruguay, habitan más mujeres que varones, siendo 52,0% y 48,0% las proporciones respectivamente. La mayor concentración de mujeres en nuestro país se encuentra en Montevideo, lo que podría “responder a las oportunidades laborales que encuentran en el departamento, principalmente en el área de servicios (sociales, domésticos, comerciales, etcétera) y que permitirían mayores alternativas de empleo para las mujeres”. (Batthyany, et.al, 2014, p.10).

Haciendo foco en la maternidad, para 2020 la tasa de fecundidad de Uruguay era de 1,4 hijos por mujer en promedio. Comparativamente resulta ser la tasa de fecundidad más baja de la historia uruguaya según las Estadísticas Vitales del Ministerio de Salud Pública. (LA DIARIA, 2021).

En cuanto a la estructura del hogar, el modelo de familia tipo - integrada por una pareja heterosexual y sus hijos -, que se reproduce en el imaginario colectivo como la más habitual, representa apenas un tercio del total de los hogares (CABELLA 2007). Como fue mencionado, en los últimos años hemos asistido a una caída en la tasa de fecundidad, así como a un aumento de divorcios, separaciones, nuevos tipos de hogares, como familias ensambladas, u hogares unipersonales.

Paralelamente, los datos muestran que la presencia de personas menores de edad en los hogares es significativa:

El 13,0% de los hogares en Uruguay tiene al menos algún niño/a de hasta 3 años de edad, mientras que el 7,4% cuenta con al menos algún niño/a de 4 y 5 años. El 19,5% de los hogares tiene al menos un niño/a en edad escolar. Los hogares con adolescentes en edad liceal (12 a 17 años) representan un porcentaje similar: 20,5%. (Batthyany, et.al, 2014, p. 27)

Como fue mencionado, el trabajo en los hogares se complejiza frente a la presencia de niños/as en edades dependientes. Un análisis realizado por ONU MUJERES (2020) indica que, previo a la propagación del Covid-19 las mujeres dedicaban 6,9 horas al día al trabajo no remunerado (TNR), mientras que los varones destinaban 3,0 horas, siendo la brecha de género 77%.

En el mismo estudio se realiza una distinción según el nivel educativo (que correlaciona con el nivel socioeconómico) y demuestra que en los estratos más altos, la brecha de horas dedicadas al TNR entre varones y mujeres era de 43%; en los medios respondía a 89 %; y en los bajos era de 80%. (ONU, 2020)

Esto último podría deberse a la posibilidad de la tercerización del TNR. En los estratos más altos es frecuente encontrar empleadas domésticas en los hogares que se responsabilicen de las tareas

del hogar. No así en los medios, y mucho menos en los bajos. De este modo, se trasluce además la desigualdad de clase social y las brechas que se producen entre los géneros e intergénero.

Tras la influencia del Covid-19, se visualiza que esta brecha disminuye en un 1%. Para entonces, las mujeres estaban dedicando al TNR 6,1 horas al día, y los varones 3,5. Discriminando por el nivel educativo, la desigualdad en el uso del tiempo se comportó de la siguiente manera: en los niveles más altos la brecha fue de 30%; en los medios fue del 71% y en los bajos fue de 110% (ONU, 2020).

Tal como se ha planteado, si bien la brecha del tiempo dedicado al TNR entre hombres y mujeres disminuyó en los niveles altos y medios tras la pandemia, en los niveles socioeconómicos bajos aumentó.

Este hecho podría también estar relacionado con la tercerización del TNR, así como con la posibilidad de que los varones de los grupos menos vulnerables puedan teletrabajar, compartiendo de este modo más tiempo en los hogares, y contribuyendo por defecto al TNR. No así los varones del grupo de mayor vulnerabilidad socioeconómica, quienes tienen una inscripción más inestable en el mercado laboral, probablemente informal, o en su defecto con trabajos más bien manuales que no habilitan la posibilidad del teletrabajo, lo que implicaba que tuvieran que salir de sus hogares como es habitual. Mientras que las mujeres intensificaron su trabajo dentro del hogar al tener a sus hijos/as habitando ese espacio de forma continua.

Más allá de las reflexiones, no se puede perder de vista que la disminución en la brecha de la desigualdad es muy poco significativa (1%). Lo que nos permite visualizar que las herramientas de redistribución de la carga de cuidados con las que contamos aún son insuficientes. Si bien las respuestas institucionales ponen el tema en discusión y dan visibilidad a las problemáticas, no representan soluciones eficientes.

Por ejemplo, para la primera infancia los datos demuestran que:

(...) la cobertura pública gratuita es a partir de los 4 años y en las edades de 0 a 3 es en donde se encuentran las mayores dificultades de articulación: cuidados y trabajo. Solo existen cuidados públicos para niños entre 2 y 3 años de los quintiles más bajos, los cuales cubren a un porcentaje bajo de la población y no llega a solucionar todas las horas de una jornada laboral (Batthyány, et. al, 2014, p. 21)

Otras de las herramientas existentes son la licencia por maternidad y paternidad, siendo la misma de 14 semanas, y 10 días, respectivamente, así como una reducción a la mitad de la jornada laboral de uno de los integrantes de la pareja, hasta los 6 meses de el/la bebé.

En los últimos años, el Estado hizo eco de la problemática de la desigualdad de género que se produce dentro de los hogares, y desarrolló instrumentos legales que reconocen al cuidado como un derecho. La ley de cuidados (Ley N° 19353) del año 2015, que propone la creación del Sistema Nacional Integrado de Cuidados (SNIC) expresa: “Declárase de interés general la universalización de los cuidados a las personas en situación de dependencia”. Y describe como objeto:

La promoción del desarrollo de la autonomía de las personas en situación de dependencia, su atención y asistencia, mediante la creación del Sistema Nacional Integrado de Cuidados (SNIC), como conjunto de acciones y medidas orientadas al diseño e implementación de políticas públicas que constituyan un modelo solidario y corresponsable entre familias, Estado, comunidad y mercado.

Explícitamente la ley tiende a fomentar la corresponsabilidad, cualidad específica para el trabajo sobre la desigualdad que se genera en relación al TNR. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos y los cambios de paradigma, la brecha en la participación que tienen hombres y mujeres sigue siendo amplia, y estas últimas continúan viendo degradados sus derechos.

Las relaciones entre varones y mujeres siguen respondiendo a estructuras de género que podríamos suponer obsoletas en tanto responden a ideales añejos. Sin embargo aún continuamos observando la tendencia del varón proveedor y la mujer cuidadora. Ejemplo de ello es la organización de la división sexual del trabajo, es decir, el lugar que siguen ocupando varones y mujeres en el mercado laboral formal.

Se observa que la brecha por sexo en la participación en el mercado de trabajo aumenta en la medida que los hijos/as son más pequeños. De este modo, el comportamiento de varones y mujeres es contrario, ya que ellos aumentan su participación si tienen hijos menores de 12 años, mientras que las mujeres la disminuyen considerablemente, y se vuelven a insertar a medida que los hijos van creciendo. (Batthyány, et. al, 2014, p. 63).

Estas cuestiones prácticas de organización de la vida reafirman ideas, conceptos, y construcciones alrededor de lo que es ser madre y padre, del deber ser de los varones y de las mujeres. El lugar que cada uno ocupa en la crianza tiene también una dimensión moral y emocional. Así se visualiza en el estudio realizado por Scavino (2017) en el que también se analizan comparativamente los discursos de mujeres madres, de distintas posiciones socioeconómicas, con el fin de recuperar sus miradas y vivencias del cotidiano, con sus hijos y el universo que se despliega alrededor de ellos.

En aquel ya se visualizaba que “La vivencia de la maternidad por parte de las mujeres de niveles socioeconómicos bajos, medios y altos es presentada de manera distinta en el discurso en función del contexto social en el que viven y de sus vínculos con las instituciones” (Scavino, 2017, p. 6).

Es también intención de este estudio analizar comparativamente los discursos de las participantes, y dialogar con los antecedentes planteados, dado que estos atraviesan el presente y resulta interesante recuperarlos para generar un análisis integral.

CAPÍTULO III - Problema, Preguntas y Objetivos de investigación

Problema y preguntas de investigación

Tras la declaración de la emergencia sanitaria producida por la pandemia del Covid-19 el gobierno limitó el desplazamiento, en el entendido de que la forma más eficaz para controlar la circulación del virus, era controlar la circulación de la población.

Las personas, independientemente de sus edades, tendieron a pasar más tiempo de lo habitual en sus hogares. Niños, niñas y adolescentes se mantuvieron en sus casas debido al cese de las actividades académicas presenciales, compartiendo con los adultos que ya sea por la pérdida del empleo, o debido al trabajo remoto u otras modalidades que impedían el desplazamiento, también permanecieron en confinamiento.

No exentas de esta realidad, las mujeres que conservaron sus empleos se encontraron en la situación inédita de ver coexistir su trabajo no remunerado y remunerado dentro del hogar. Así mismo, aquellas que se encontraban desempleadas también vieron exacerbadas las tareas domésticas y de cuidados debido a la continua presencia de los niños/as en sus hogares (ONU Mujeres, 2020).

Esto último ha implicado alteraciones en la cotidianeidad y ha trastocado la vida sobre todo de las mujeres que tienen a su cargo hijas e hijos de edades en las que aún son dependientes de un otro para el desarrollo cotidiano de sus actividades, así como para su desarrollo bio-psico-social.

Esta situación vinculada a la pandemia: ¿Ha generado cambios en las representaciones emocionales vinculadas con la maternidad y las prácticas de cuidado?; ¿Se han generado cambios en las estrategias de cuidado a nivel material?; ¿Se han agudizado las inequidades entre varones y mujeres, o han habido cambios en los comportamientos que posibilitan patrones de conducta más equitativos?

Sobre estas interrogantes, se plantea como problema para esta investigación:

Las diferentes representaciones de la maternidad - en un nivel abstracto - , y la labor de materner - en un nivel más concreto -. Así como las implicancias que la actual pandemia ha tenido sobre ello.

Las reflexiones planteadas, que han construido el problema de investigación, me han llevado a conformar la pregunta general de investigación del siguiente modo:

¿La actual pandemia de Covid-19 ha propiciado cambios en las estrategias que llevan a cabo las madres montevideanas de distintas posiciones socioeconómicas para resolver el cuidado de sus hijas e hijos de entre 2 y 10 años?

De la pregunta general, se derivan las siguientes preguntas específicas:

1. ¿De qué forma la pandemia ha afectado las condiciones materiales y la organización de la vida de las mujeres encargadas del cuidado de sus hijos/as de 2 a 10 años, y las estrategias que estas llevan a cabo para desempeñar dicha tarea, según el nivel socioeconómico de las mismas?
2. ¿Qué aspectos han cambiado a nivel de las representaciones, emociones y discursos a partir de la pandemia, en el cuidado de niños/as de 2 a 10 años, según los niveles socioeconómicos de las madres?

Por una parte, las preguntas refieren a constatar cambios en el nivel material de la vida, vinculados principalmente con el trabajo remunerado y otros ingresos (por prestaciones sociales, ingresos de la pareja, u otros); y además cuáles han sido las estrategias de cuidado de las mujeres de distintas posiciones socioeconómicas, teniendo en cuenta, la retracción de las instituciones educativas y las redes del cuidado (como abuelas, tías u otras personas que participan activamente del cuidado con las que no se cohabita). Esta información permitirá generar reflexiones alrededor del comportamiento de las desigualdades. Para conocer si a raíz de la pandemia la desigualdad que genera la intersección del género y clase social ha tendido a profundizarse, o si por el contrario se han construido esquemas más equitativos.

En consiguiente, la otra alude a indagar en cambios que pueden haber sucedido a partir de la pandemia, sobre las miradas existentes de las estrategias de cuidado y de la maternidad, incorporando una perspectiva de clase social. Apunta a dilucidar las representaciones adjudicadas al papel de las madres en la reproducción de la vida, relacionado a la crianza y cuidado de los hijos/as. Problematizando, además, categorías como la ‘buena madre’, y abordando discursos que asocian el amor y el cuidado.

Objetivos de la investigación

Objetivo general

Conocer si existen cambios en las maternidades ejercidas por mujeres montevidéanas, de distintas posiciones socioeconómicas, en relación a las estrategias de cuidado de sus hijos/as de entre 2 a 10 años, antes y después de la declaración de emergencia sanitaria por la pandemia del Covid-19. Abordando el comportamiento de las desigualdades de género y clase en función de la pandemia.

Objetivos específicos

1. Indagar sobre la dimensión material de las prácticas y las estrategias de cuidado vinculadas al desarrollo de la maternidad de mujeres de distintas posiciones socioeconómicas, para conocer las circunstancias en las que se desarrollan las maternidades, y cuáles han sido las diferencias en el pre y post pandemia, a fin de conocer cuál ha sido el comportamiento de las desigualdades de género y clase.
 - 1.1 Conocer las diferentes formas de gestión de recursos tales como, el uso del tiempo, los costos económicos, y las relaciones con terceros que participan de los cuidados como lo son los vínculos institucionales y los intrafamiliares, antes y después de la declaración de la emergencia sanitaria.
2. Indagar sobre la dimensión subjetiva-emocional de las estrategias de cuidado vinculadas a las maternidades, para comprender los mandatos y significaciones que se generan alrededor de las mismas en el pre y post-pandemia, incorporando una perspectiva de clase.

CAPÍTULO IV - Marco metodológico

Metodología y técnicas de investigación

Con el propósito de abordar los objetivos de la investigación se llevó a cabo un estudio de carácter cualitativo, a fin de conocer los discursos, las experiencias y emociones de mujeres que maternan en el contexto de pandemia. En este tipo de estudios “el investigador se focaliza en aprender el significado que los participantes otorgan al problema o fenómeno en cuestión” (Batthyany, 2011, p. 78).

Fueron utilizadas dos técnicas: se aplicaron entrevistas en profundidad, y un formulario estandarizado. Este último fue aplicado a cada participante mediante “un procedimiento estandarizado de cuestionario” (Corbetta, 2007). Y permitió en primera instancia, clasificar a las participantes en tres grupos según su posición socioeconómica. Se realizaron tres entrevistas por

grupo, en consecuencia, contamos con la participación de 9 mujeres, siguiendo el criterio de saturación teórica.

“La entrevista es una interacción a partir de una conversación entre dos o más personas, con un propósito deliberado y mutuamente aceptado por los participantes, a quienes se les denomina: entrevistador (...) y entrevistado (...)” (Cáceres, et. al, 2000, p. 34). Fue diseñada y aplicada una entrevista semi-estructurada. Empleando la misma pauta de preguntas, en el mismo orden, a todas las entrevistadas. Las preguntas son abiertas, por lo que ellas pudieron exteriorizar opiniones, experiencias y puntos de vista.

Finalmente, los discursos que surgieron en las entrevistas fueron analizados en función de la teoría. Se realizaron comparaciones y conexiones entre ellos, a fin de conocer desigualdades, similitudes y diferencias entre las experiencias de las participantes. Esto último será profundizado posteriormente en los capítulos de análisis y resultados.

Estrategia de muestreo y Muestra

Tal como fue mencionado, participaron de este estudio, 9 mujeres madres que se diferenciaron por su posición socioeconómica, sin embargo se consideró excluyente que contaran con las siguientes características comunes:

- Tener uno o más hijos/as de entre 2 a 10 años de edad.
- Vivir en Montevideo.
- Encontrarse en edades activas laboral y reproductivamente.

Es condición que tengan uno o más hijos/as de entre 2 a 10 años de edad porque son las edades en las que los niños y niñas presentan mayor dependencia de un otro para el desarrollo de sus actividades cotidianas, así como para su propio desarrollo bio-psico-social. Estas edades abarcan además momentos claves como son la primera infancia y los primeros años de escolarización. De este modo, representan las etapas de mayor carga para las madres que generalmente son responsables del trabajo no remunerado y el cuidado de los niños y niñas. También se tuvo en cuenta que la pandemia es un componente determinante en la investigación, es por ello que se definió que los niños/as debían tener al menos 2 años de edad para poder realizar comparaciones sobre el antes y el después de este suceso.

El corte espacial (Montevideo) obedece al alcance posible de la investigación, que está enfocada en conocer las experiencias del desarrollo de la maternidad en la capital y no en otros espacios como pueden ser el entorno rural, o el interior del país. Se pretende indagar sobre las situaciones que surgen con las mujeres que se encuentran en edades activas en el mercado laboral, que están en la condición de ver coincidir el empleo con el trabajo no remunerado y de cuidados.

Por otra parte, la categorización de la posición socioeconómica se realizará a través del cruce de las siguientes variables:

- Máximo nivel educativo alcanzado.
- Ocupación (relativo al trabajo/profesión).
- Barrio en el que vive.

Se delimitó el primer grupo como el de mayor vulnerabilidad, incluyendo en él a las mujeres de los quintiles más bajos de ingresos. El segundo y tercer grupo están compuestos por aquellas mujeres pertenecientes a niveles socioeconómicos medios, y medio-universitario, respectivamente. Este estudio no contempla a las mujeres pertenecientes a los niveles socioeconómicos más altos de la sociedad. Las variables nivel educativo y ocupación son las que tienen mayor peso. La clasificación se realizó a través de la intersección de ambas. Esto se debe a que el último año de educación aprobado tiene influencia directa sobre la ocupación; y la ocupación es un factor crucial que define el ingreso.

Debido a la segmentación territorial, la variable, barrio en el que vive, también puede darnos un indicio de cuál es la situación socioeconómica de la persona en cuestión.

Lo mencionado queda representado gráficamente en un cuadro³, que resume algunas características de la muestra y su clasificación.

Operacionalización

Con el fin de aproximarnos al objetivo de la investigación, fue diseñada una matriz de análisis⁴ para trabajar sobre las entrevistas realizadas que constó de tres categorías centrales de análisis. Las categorías son: 1. Dimensión material; 2. Dimensión subjetiva-emocional; y 3. Desigualdades de género. A su vez, organizadas de menor a mayor especificidad, se desprenden de ellas subcategorías, y de cada subcategoría surgen códigos.

Esta configuración permitió sistematizar y analizar el contenido de los discursos de forma más organizada, sacando el mayor provecho a la información brindada por las participantes, pudiendo enfocar la atención en los aspectos que tenían mayor relevancia para la investigación.

Por otra parte, un elemento central, como es la distinción por nivel socioeconómico, permitió generar comparaciones entre los discursos y enriqueció el trabajo realizado.

³ Ver anexo 1

⁴ Ver anexo 2

Implementación

Una vez diseñada y ajustada la pauta de entrevista y el formulario estandarizado me contacté con mujeres que cumplieran con las características de la muestra. Durante junio y julio del 2021 fueron realizadas las entrevistas. Los encuentros duraron 1 hora, u hora y media aproximadamente. Fueron de carácter privado, respetando los espacios y la intimidad de cada participante. Algunos se hicieron de manera presencial, mientras que otros tuvieron lugar a través de Zoom.

En todas las instancias, más allá de su modalidad - presencial o virtual - existieron interrupciones de los hijos. Las madres en su mayoría participaron de las entrevistas con ellos porque no tenían con quién dejarlos, o en su defecto, porque estaban en la casa en el momento de la entrevista.

Esto último es identificado como una limitación metodológica, en tanto que, en ocasiones, los niños intervenían, interrumpían, e incluso aquellos de mayor edad cuestionaban las respuestas dadas por las mujeres. También surgieron situaciones en las que los hijos no intervenían directamente en la entrevista, sin embargo las mujeres se veían interrumpidas por otras responsabilidades vinculadas a ellos, por ejemplo: una torta en el horno que se estaba preparando para una pijamada; una llamada de la maestra del jardín; peleas entre los hermanos en las que la madre debía intervenir, entre otras.

Si bien las condiciones de producción de los datos tuvieron sus limitantes, se recupera como positivo el hecho de que cada experiencia fue enriquecedora para el proyecto, y además, resultó un espacio terapéutico para las mujeres que reflexionaron, cuestionaron y pusieron mayor atención sobre cuestiones que suelen quedar desdibujadas en el día a día.

CAPÍTULO V - Análisis y resultados

Apartado I - Riesgo social y pandemia. Contextualizando las maternidades en pandemia

Desde la propagación del Covid-19 se han generado escenarios inéditos y adversos, en los que las desigualdades preexistentes se agudizaron y acudimos al surgimiento de nuevos riesgos, que como ha sido mencionado, tienen un carácter individual, y están directamente vinculados con la posición de clase. Es por ello que, para la realización de esta investigación se ha tomado la posición de clase como un elemento transversal y definitorio a la hora de analizar las vivencias y discursos de las participantes. Ni ellas ni sus respectivas familias se encuentran atravesadas de la misma manera por el mercado de trabajo o por las respuestas institucionales, lo que las posiciona de manera desigual frente a los riesgos. Esto se refleja en las distintas oportunidades y recursos

con los que contaron para gestionar los riesgos provenientes de la pandemia, como se evidencia en el capítulo siguiente.

Para comprender los riesgos en el marco de esta investigación es preciso conocer las características de los distintos grupos. Por una parte, las mujeres pertenecientes al grupo 1, coincidente con el mayor nivel de vulnerabilidad socioeconómica, se caracterizan por la construcción de familias ensambladas, en promedio con un mínimo de 3 hijos, compuesta por una mujer de bajo nivel educativo, desempleada, ama de casa, con menores a cargo, y una pareja (que en ocasiones no es el padre de los niños) con una inscripción informal en el mercado laboral. Ellas como veremos, tuvieron situaciones más adversas que las del grupo 2 y 3 para sobrellevar sus dinámicas cotidianas en el confinamiento con sus hijos/as.

Estas familias con un solo ingreso, de tipo informal e inestable, están impedidas de proyectarse a futuro, viviendo en la incertidumbre y el día a día. Además, debido a sus características, son beneficiarias de prestaciones sociales, como la Tarjeta Uruguay Social⁵ (TUS) o la Asignación Familiar por hijo⁶. Estas prestaciones si bien son importantes en la vida familiar, no resuelven los problemas de fondo ni tienen mecanismos de reinserción al mercado laboral formal. Tampoco son lo suficientemente generosas como para garantizar necesidades básicas, y terminan representando respuestas pobres para el enfrentamiento de los riesgos sociales⁷.

Respecto al empleo, estas familias carecen de protección social debido a su desvinculación o precarización en el mercado laboral. En este contexto las mujeres y sus hijos, se encuentran en una situación de dependencia económica frente a sus parejas varones ya que son ellos los que están empleados. “Yo me quedo haciendo las cosas adentro y él se queda trabajando afuera”

⁵ Es una transferencia monetaria mensual que se otorga a aquellos hogares en situación de extrema vulnerabilidad socioeconómica. Su principal objetivo es asistir a los hogares que tienen mayores dificultades para acceder a un nivel de consumo básico de alimentos y artículos de primera necesidad. El monto de dinero varía en función de la integración del hogar. (MIDES)

⁶ Es una transferencia monetaria mensual no contributiva dirigida a mujeres embarazadas (prenatal), niños/as y adolescentes menores de 18 años o personas en situación de discapacidad, que integren hogares en situación de vulnerabilidad socioeconómica o estén en atención de tiempo completo en establecimientos del INAU, o en instituciones en convenio con dicho Instituto. Por otra parte, la transferencia tiene como requisitos la inscripción y concurrencia asidua del beneficiario a institutos de enseñanza autorizados por el órgano competente, excepto en los casos de beneficiarios discapacitados en que se acredite que aquello no es posible, y la periodicidad de controles de asistencia médica brindada a través del sistema público o privado. (Guía Nacional de Recursos del MIDES)

⁷ Por ejemplo, a la TUS acceden únicamente los sesenta mil hogares que se encuentran en mayor nivel de vulnerabilidad socioeconómica del país. En función de las características y conformación del hogar se define el monto del dinero a transferir. El mayor monto es de \$3811 mensuales para los hogares que tienen entre sus integrantes 4 o más menores de edad. Pueden haber variaciones en relación al dinero, en particular el monto se duplica si se considera que el hogar se encuentra dentro de los treinta mil hogares más vulnerables del país (\$7622), o concretamente, se aplican montos extra (\$345) si alguno de los hijos/as fuera menor de 4 años, o si hubiera embarazadas. Para generar una mirada comparativa el salario mínimo nacional para 2022 se fijó en \$19.364. (MIDES - MTSS)

(Mujer, 30 años, NSE Bajo). Su bajo nivel educativo limita las posibilidades de inserción en un mercado laboral que es cada vez más estrecho, con menos oportunidades en general y a partir de la pandemia en particular, profundizando la imposibilidad de generar independencia.

Estas mujeres están muy arraigadas al territorio en el que viven. Su vida transcurre en el barrio, y fundamentalmente en sus casas, dedicándose a las tareas domésticas, de cuidado y crianza. Pasan la mayor parte del tiempo con sus hijos, a excepción de las horas de escolarización. Las madres son quienes ‘cargan’ con ellos para hacer cualquier cuestión que les implique salir del hogar: “hacíamos mandados... y íbamos todos juntos también... (...) Siempre todos juntos ¿no? Lo hacíamos todo juntos” (Mujer, 30 años, NSE Bajo).

El Estado tiene una alta incidencia en la vida cotidiana de estas familias, por medio de las prestaciones sociales, del desarrollo del plan CAIF (escolarización de menores de 3 años), de la atención de la salud, y a través de la intervención territorial de equipos multidisciplinarios que trabajan en el acceso a los derechos. A pesar de ello, aún mantienen altos grados de desprotección y de incertidumbre, dado que las herramientas con las que cuentan para enfrentarse a los riesgos son escasas.

Este grupo (1) previamente se encontraba en una situación de gran precariedad y vulnerabilidad, y la profundización de la crisis socioeconómica y sanitaria les perjudicó aún más. La nueva realidad limitó la posibilidad de generar ingresos haciendo changas, de ‘rebuscarse’ en el territorio, e incluso de avanzar en la esfera educativa, algo que posteriormente tendría impacto directo en la inserción laboral. Además, sus parejas, empleados en trabajos manuales, vieron disminuida su jornada laboral dada la imposibilidad de realizar teletrabajo, esto derivó en la disminución del salario. Mientras que las respuestas institucionales fueron débiles, la organización barrial, redes de vecinos y familiares fueron el sostén ante esta situación de crisis. Por ejemplo las ollas populares: “O sea voy y levanto como una más, (*hace referencia a la vianda*) y si es necesario ir a ayudar voy y lo hago (...) Hoy por mi mañana por el otro...” (Mujer, 31, NSE Bajo).

En otra situación se encuentra el grupo 2. Este se caracteriza por estar compuesto por mujeres de nivel socioeconómico medio, correspondiendo a su nivel educativo y lugar de residencia. Ellas componen familias de 2 hijos, que son también los hijos de su pareja. Expresan haber sentido grandes coletazos a nivel económico producto de la pandemia, en tanto ellas o sus maridos perdieron el empleo. A pesar de ello, lograron acomodarse, pudiendo reinventarse en el nuevo contexto, contando con el apoyo familiar que fue fundamental para enfrentar estos desafíos, dado el contexto hostil de incertidumbre e inestabilidad.

“Sí, surgieron bastantes cambios a nivel económico sí. Como te decía, a mi me despidieron del trabajo anterior, a lo que yo tuve que también ponerme a ver qué hacer. Eso también genera cierta inestabilidad, porque una no tiene un sueldo fijo por mes, y además una tiene que invertir en lo que va a hacer (...)” (Mujer, 33 años, NSE Medio).

“(...) algún trabajo él ha hecho, alguna changa de pintura, o lo que sea... pero en realidad sí, tremendo impacto económico” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

A pesar de las grandes dificultades, su situación configura mayor estabilidad en comparación con las del grupo 1, en tanto la falta de un ingreso del hogar puede verse compensada con el ingreso propio, o en su defecto el de la pareja. La desconexión con el mercado laboral se vivencia como algo temporal y a resolver rápidamente.

El trabajo representa para ellas la mayor actividad a realizar fuera del hogar, sin embargo, también ocupan otros espacios personales, aunque con mucho menor carga horaria, como realizar algún deporte o salir con amigas.

Para acoplar estas esferas de su cotidianidad junto con el trabajo doméstico y de cuidados utilizan un sistema de relevos, en el que participan una institución educativa y, fundamentalmente cuentan con otras mujeres, principalmente abuelas: “Me los cuidaba mi mamá, siempre me los cuidó mi madre, tuve esa suerte también de que tuve el apoyo familiar en cuanto al cuidado de los nenes.” (Mujer, 33 años, NSE Medio).

El papel de las plazas y de los parques, lugares de distensión y sociabilización para los niños, fue importante en el contexto de encierro. Permitió salir de las viviendas con espacios reducidos, y el aire libre representó menor peligro para el contagio del virus.

“Armamos como un clan de padres en el parque, que decíamos, si no tuviéramos el parque hubiésemos enloquecido, porque quieras o no... Íbamos todos los mismos, los mismos nenes, los mismos padres... y nos empezábamos a conocer (...) Estuvo bueno, fue re lindo. Y de hecho ahora tienen amiguitos que son del parque” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

Las mujeres del grupo 2 tienen mayor acceso al derecho a la ciudad, que las del grupo 1, que está fuertemente territorializado y con escasa movilidad urbana: “Yo andaba en el barrio nomás. Al moverme dentro del barrio mismo... yo ya me movía, y así me manejaba” (Mujer, 31 años, NSE Bajo).

En cuanto a las mujeres del grupo 3, representan las del nivel socioeconómico y educativo más alto de este estudio. Han ingresado en la maternidad en promedio a los 30 años, tras recibirse.

Tienen empleos formales y bien remunerados, se encuentran en pareja con los padres de sus hijos, y han formado familias de 2 hijos como máximo. En general, sus parejas también tienen un alto nivel educativo por lo que acceden a empleos muy bien remunerados. Esta situación conforma gran estabilidad y la posibilidad de proyectarse a futuro. Concretamente, estas mujeres afirman no haber visto empeorada su situación económica tras la pandemia. No hubo pérdida del empleo ni del salario a nivel familiar. Incluso algunas lograron generar ahorros: “En realidad era como beneficioso, porque al no salir a ningún lado, y nosotros ambos, continuamos teniendo los ingresos que teníamos” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

Así como las participantes del grupo 2, las mujeres de este grupo ocupan el mayor tiempo fuera de su hogar trabajando. Sin embargo, en este caso, el trabajo también se vivencia como algo personal, en tanto la profesionalización tiene que ver con su identidad. También ocupan, aunque en menor medida, tiempo para realizar otras actividades personales.

Estas mujeres comparten menos cantidad de tiempo en el día con sus hijos que las del grupo 1 y 2. No sólo por sus propias actividades, sino porque también los niños de estas familias cuentan con la posibilidad de incorporar otras actividades además de la escolarización formal, pudiendo desarrollar otras capacidades específicas como aprender idiomas, música, o practicar algún deporte.

En este grupo, las disparidades de género dentro del hogar se ven amortiguadas, gracias a la mercantilización del cuidado y las tareas domésticas. También, las mujeres de estas familias tienen un alto nivel de independencia económica, sobre todo si las comparamos con las del grupo 1 y 2. Sin embargo, se visualiza que los ingresos más importantes entran al hogar a través de los varones, aún cuando ambos (varón y mujer) trabajan en el mismo rubro.

Por sus características, las familias del grupo 3 tienen mejores posiciones para la confrontación de los riesgos sociales, lo cual se refleja en las estrategias de cuidados analizadas a continuación. Particularmente, para estas mujeres los problemas estuvieron más asociados a cuestiones psicológicas y emocionales, que económicas y sociales.

Apartado II - Cuidados y estrategias. Maternar en el nuevo contexto de pandemia

Al pensar en el maternaje en este nuevo contexto de pandemia a partir de la dimensión material, se observa que la organización, logística, uso del tiempo y recursos, así como las prácticas y estrategias de cuidado, se han visto fuertemente afectadas.

A la hora de generar cualquier reflexión en torno a los cuidados, la edad de los niños es fundamental dado que impacta en el tiempo que requieren para su atención. Claro está que un niño de 3 años no tiene el mismo nivel de dependencia que uno de 10.

Previo a la pandemia, las familias se organizaban alrededor del empleo y de la concurrencia de los niños a una institución educativa. En general se extiende un sistema de relevos, que tiene como núcleo que los niños nunca estén solos. Por lo que, cuando los niños no estaban en la escuela, los cuidados estaban fundamentalmente adjudicados a las mujeres (madres, abuelas, empleadas domésticas o amigas y vecinas). Los varones que participaban eran los padres, y lo hacían en menor medida que las mujeres, dado que tenían una jornada laboral más extendida o menos flexible.

Las mujeres de NSE bajo, eran las que pasaban más tiempo con sus hijos, debido a que son amas de casa, y la institución compañera era la escuela o CAIF. Por el contrario, las de NSE medio y universitario tenían más horas ganadas de independencia porque involucraban más personas e instituciones en el cuidado, a través de actividades extracurriculares, empleadas domésticas, y otras redes de contención, y además trabajaban fuera del hogar.

En el nuevo contexto, uno de los puntos más fuertes de sobrecarga para las madres de todos los grupos fue lo relativo a la educación: “Cuando la escuela era virtual les mandaban tarea por la computadora, y era muy estresante. Era muy difícil, te volvías loca” (Mujer, 30 años NSE Bajo). “Eso me frustraba mucho (...) No es lo mismo que esté la maestra a que esté yo ahí” (Mujer, 29 años, NSE Bajo).

Según sus argumentos, se sumó una nueva tarea de desgaste cognitivo de la que se hicieron cargo solas: “Eso generaba una sobrecarga en mí caso en la maternidad, porque en ese sentido ‘Padre’ no se hizo mucho, muy responsable, y me terminé encargando de entrar a CREA todos los días, de ver qué deberes mandó, de sentarme para que haga lo deberes, explicarle, sacar fotos, subirlo a CREA, ta, muy agotante” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

Muy distinta fue la vivencia de aquellas cuyos hijos aún estaban cursando jardín, o incluso, para las que tenían niños en edad de iniciar su vida institucional y no pudieron, debido a la paralización de la educación, por lo que sus rutinas no se vieron del todo afectadas. Tener hijos/as en edad escolar implicó un agotamiento extra y constituyó mucho estrés según las participantes.

“Y ahí yo explicándoles cosas de matemática, o de historia... Y qué sé yo de historia, ¡yo de historia no sé nada! Y ellos me preguntaban... y yo, yo que sé no sé... Me tenía que poner a estudiar con ellos... y ya me fastidiaba, porque yo tenía que hacer alguna cosa de trabajo y al ratito que tenía que poner a hervir el agua para los fideos, y entonces entre

medio tenía como que tratar de leer así medio por arriba algo de historia y explicarla... y era como ¡no sé!” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

Se visualiza como se ha extendido generalmente la idea de que las madres son educadoras idóneas, capaces de suplantar o minimizar las consecuencias de la ausencia de la maestra o maestro. Esta naturalización, que pocos se apega a la realidad, responde a cuestiones profundas que están vinculadas con la división sexual del trabajo, y la estructuración de tareas femeninas y tareas masculinas, y se materializa en sus parejas varones cargando sobre ellas la responsabilidad alrededor de la formación educativa, así como el propio sistema educativo que se descansó en las mujeres para cumplir con sus objetivos.

Un segundo punto fue el teletrabajo. Para las que pudieron ejercer esta modalidad en sus empleos (grupo 2 y 3), resultó en general agobiante. Ver coincidir el trabajo remunerado y no remunerado en un mismo espacio físico, además de la demanda constante de los niños de pasar tiempo de calidad, estructuró irritabilidad, cansancio y angustia en las participantes. Este universo se profundizará en el apartado específico que aborda el fenómeno del teletrabajo.

Otro -tercer- punto, fue la situación de encierro. En general las mujeres perdieron espacios que habían sido conquistados tras el transcurso de los años en la medida en que los niños fueron creciendo. Incluso las mujeres pertenecientes al grupo 1, que son quienes más comparten tiempo con sus hijos más allá del escenario pandémico, afirman haber extrañado esas “horas de paz” con las que contaban mientras sus hijos estaban escolarizados.

“Es loco todo esto. Te tranca muchas cosas. Si tenés que hacer mandados, tenés que ir a sacar fecha para control (*médico*), lo que sea... tenés que ver quién te los cuide. Yo antes salía con ellos, los llevaba a todos lados, pero ahora ya no” (Mujer, 29 años, NSE Bajo).

Se observa en este discurso el acostumbramiento que tenían estas mujeres de ‘cargar’ con sus hijos para todos lados, y la implicancia del Covid, en tanto para protegerlos de un posible contagio optaban por dejarlos en la casa, lo que conlleva otro tipo de organización.

Por el contrario, las mujeres de mayor nivel socioeconómico marcan una clara diferencia. El mayor tiempo compartido con los hijos estaba vinculado con la etapa de más alta dependencia de éstos. Y, posteriormente se iba generando de forma paulatina una cierta libertad.

“Yo ya había vivido esto de estar las 24 hs con mi hijo, cuando eran bebés, ambos, pero después una va como... construyendo redes y ellos también van como tejiendo sus propias redes, sus propios vínculos. (...) “Todos esos espacios y horas en los que están fuera de casa ellos tienen como sus dinámicas... y yo también las tenía” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

En este sentido, la individualidad de las mujeres, que resulta un eje de la dimensión emocional de la maternidad, y que posteriormente será abordada con mayor profundidad, nuevamente se ve en jaque. Esto no sólo las afectó en lo personal, sino que también generó una preocupación extra al pensar en el desarrollo de los niños, y la importancia de que construyan vínculos e interactúen con personas de su edad.

En cuanto a la cotidianidad en los meses de mayor encierro (marzo - mayo del 2020), las mujeres de nivel medio-universitario en general tuvieron la posibilidad de convivir con sus hijos en espacios amplios, verdes, conectados con la naturaleza. Casas afuera, casas con campo, los medios para trasladarse en auto e ir a algún lugar fuera del hogar, parques, plazas, hicieron que el día a día no resultase tan pesado.

“El encierro no lo sentí tanto porque nosotros tenemos una casa afuera y nos fuimos para allá. Su vida (*hablando del hijo*) siguió igual - aún no estaba institucionalizado - Siguió igual, más linda todavía, porque nos fuimos para afuera, yo no trabajaba, era veranillo, disfrutábamos a full, íbamos a la playa, jugábamos...” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

Las de niveles medios habitaron mayoritariamente plazas o parques cercanos, bajo la misma lógica que las del grupo previamente mencionado. Por el contrario, las mujeres pobres profundizaron su arraigo al territorio. Esta situación que ya era previa a la declaración de la emergencia sanitaria, se agudizó dada la imposibilidad de salir de sus hogares, y el discurso masivo “quedate en casa” acentuó lo mencionado. Los espacios abiertos de las viviendas, como los patios, fueron los lugares más mencionados en este grupo como espacios de distensión donde los niños podían desplegarse y jugar.

“Estuvo un año sin salir de casa y fue muy complejo... un año entero... Más que el patio yo no la dejaba salir para afuera. Y si la sacaba era de tapabocas, dos tapabocas, y... ella lo sintió porque llegó un momento que se me escapaba ya... Porque es una niña, y como todo niño quiere salir a una plaza, salir a jugar, a lo que sea, pero ta” (Mujer, 31 años, NSE Bajo).

Se implementaron en general también, en los hogares de todos los grupos, actividades varias para mantener ocupados a los hijos. Estas actividades las llevaban a cabo fundamentalmente las madres, y tenían que ver con: cocinar, hacer manualidades, mirar películas, leer, entre otras.

En aquel entonces la vivencia generalizada fue de incertidumbre y miedo, lo que provocó extremar cuidados en torno a lo sanitario y limitar los momentos de encuentro con personas ‘por fuera de la burbuja’. Sin embargo, hubo vínculos de los que no hubo disposición de distanciarse, y esos fueron los vínculos familiares, pero sobre todo de las abuelas.

Generalmente las abuelas representan un pilar fundamental en el cuidado de los hijos, en tanto contribuyen a resolver las dinámicas del día a día. Y son también mencionadas como guías y apoyos incondicionales para las mujeres cuando ingresan en la maternidad. Otras mujeres a las que se refieren las participantes son las amigas; otras familiares como hermanas, cuñadas o primas y, en el caso específico del grupo 3, las niñeras y/o domésticas. Se visualiza una red de mujeres que se apoyan mutuamente, se acompañan y se encuentran con el fin de aliviar las cuestiones más sofocantes de la maternidad, tanto en lo relativo a los asuntos domésticos y de cuidados, como en lo que concierne a lo emocional, psicológico y afectivo.

Con el transcurso del tiempo, los niños volvieron a retomar vínculos con otros niños, en su mayoría vínculos barriales, encontrándose en plazas con vecinos cercanos, amigos del barrio y familiares de su edad. Y tras más de un año de aislamiento, fueron retomando e incorporándose a sus actividades, sobre todo las de la esfera educativa.

La pérdida trajo otro tipo de valoración de los lugares de socialización de los niños. Los clubes, escuelas, y actividades extracurriculares, no son únicamente sitios que potencian las capacidades de los hijos, sino que también representan espacios ganados sobre todo para las madres, en tanto cumplen un rol en la organización cotidiana de la vida, y la merma de estos espacios implicó una sobrecarga para ellas.

Haciendo referencia al lugar que ocupa el CAIF, una participante (Mujer 31 años, NSE Bajo) expresa: “(...) era algo para ella (*hija*), para ayudarla a estimularla, para que se integrara de otra manera con otros niños (...) para el desarrollo mismo de ella, y a su vez ayudarme a mí”.

En este sentido, otra participante (Mujer, 40 años, NSE Medio-U) comenta: “Educar a mis hijos, hacer la comida, darles de comer, llevarlos al baño, que se bañen... Todas esas cosas más o menos yo ya las tenía resueltas” (...) “Yo no soy buena maestra, no soy buena cocinera, no soy buena... eh, o sea... ellos ya tenían gente especializada de alguna manera, haciendo tareas que, digamos, cumpliendo tareas como concretas para ellos”.

Nuevamente se percibe la naturalización que emerge desde la sociedad, de las mujeres como cuidadoras, cocineras, maestras. Pero esto difiere del auto-reconocimiento que ellas tienen. Esta participante, como otras, al afirmar que no se percibe ocupando estos roles ni se considera buena en las tareas mencionadas, deja en manifiesto la construcción social, dado que permite visualizar que hay tareas y características específicas que no están incorporadas a las mujeres por el sólo hecho de serlo, es decir, no son naturales.

Es también frecuente encontrar en los discursos de las participantes de los grupos 2 y 3 (niveles medio y medio-universitario) sentimientos de culpabilidad por no pasar tiempo suficiente con los

hijos. Sin embargo, se observa que cuando el tiempo es ocupado por actividades personales de las mujeres el nivel de culpa es alto. Pero, si no pueden compartir con sus hijos porque éstos están asumiendo alguna actividad, entonces el nivel de culpa disminuye, a pesar de que en los hechos es lo mismo: menor cantidad de tiempo compartido.

El factor tiempo ha aparecido como una cuestión central en los discursos. Su uso, gestión, cantidad y calidad. El sentir general es de disconformidad en tanto no se les dedica el tiempo de calidad que se les quisiera dedicar. Esto responde al ritmo de vida actual, las ocupaciones y sobre todo al trabajo.

Las mujeres del grupo 1 no se ven del todo interpeladas por las cuestiones del tiempo, dado que como ya ha sido planteado, para ellas es natural compartir casi todas las horas del día con sus hijos. A pesar de eso, la retracción de las instituciones educativas generó un movimiento en su cotidianidad.

“El tema del tiempo, pasarlo con los gurises no cambió mucho porque una ya pasaba, por ejemplo en las vacaciones pasaba todo el tiempo. Mis hijos están siempre conmigo. Lo único que me agotó fue el tema tareas, eso sí fue agotador.” (Mujer, 30 años, NSE Bajo).

Lo característico de esta situación, es que desde la emergencia sanitaria todas las mujeres han compartido más tiempo con sus hijos, y paradójicamente esto habilitó espacios para pensar más acerca de todo lo que no compartían. En general, la sensación que atraviesa a los grupos 2 y 3 pasa de la culpa por no estar, al efecto de ahogo producto de pasar mayor tiempo en la casa dedicadas a los niños, así como también el disfrute por el tiempo compartido. Así de enmarañados son los discursos que surgen alrededor de los hijos.

“Yo elijo maternar y prefiero tener un trabajo que sea acorde, que me permita hacer las dos cosas. Trabajar y maternar, ¿Entendés?. Pero por otro lado también, ahora que tengo un bebé recién nacido, me pasa que todo el día acá me ahogo cuidando, me ahogo, quedo muy cansada” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

“Compartí más tiempo con ellos. Me ayudó a entenderlos más, a verlos más, haciendo cosas, animándolos a que ellos hagan otro tipo de actividades en casa” (Mujer, 29 años, NSE Bajo).

Las mujeres también desplegaron otros recursos que tenían el deseo de desplegar y no podían debido a las dinámicas diarias y la vorágine de la vida cotidiana. Refiriéndose a esto, otra participante (Mujer, 31 años, NSE Bajo) planteaba “Me abrió mucho la cabeza, empecé a crecer como madre, empezar a entender a tu hija, a veces hay cosas que vos mientras está en el jardín aprendiendo otras cosas vos decís, y conmigo aprendió muchas cosas de bobera”.

Como conclusión hicieron un balance de la situación vivida y si bien es generalizado el deseo de que ‘todo vuelva a la normalidad’, también recuperan aspectos positivos, sobre todo el estar más presentes.

“Algo inesperado, que valió la pena” (...) “Me gustaría que todo vuelva a la normalidad. Porque es lindo pasar tiempo con tus hijos, y aprender, aprendes muchas cosas, pero no es fácil. Me gustaría que todo fuera como antes, que ellos puedan ser más libres, más independientes. Y también tener ratos de descanso, porque te frustras mucho, son muchas horas” (Mujer, 29 años, NSE Bajo).

Además de ello, en general plantean que la pandemia, y puntualmente el agotamiento generado por la sobrecarga de tareas y el tiempo compartido con los hijos, no modificó las ideas ni las expectativas que habían generado en torno de la maternidad. “No es que la pandemia me hizo conocer a mis hijos, yo ya los conocía ya sabía cómo era.” (Mujer, 30 años, NSE Bajo) “Si bien siempre trabajé, siempre estuve muy presente también con ellas. No fue que empecé a ver una parte de la maternidad que desconocía” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

- Subapartado: Teletrabajo

Con el confinamiento como medida preventiva para frenar la propagación del virus, se incorporó el teletrabajo. Si bien esta práctica ya tenía antecedentes, durante la pandemia se extendió en muchos sectores que permitían este formato. “Según los datos del Instituto Nacional de Estadística, en junio (2021) 16,3% de los ocupados trabajó bajo el régimen de teletrabajo” (LA DIARIA, 2021).

En agosto de 2021 se aprobó la Ley 19.978 que tiene como finalidad regular el teletrabajo. Sin embargo, la misma no reconoce la problemática de género, ya que no incorpora una mirada en este sentido. Dicha ley define al teletrabajo como “la actividad total o parcial del trabajador “utilizando preponderantemente las tecnologías de la información y de la comunicación, ya sea en forma interactiva o no (online/offline)” (Ley N° 19978, 2021).

Para este estudio, el teletrabajo fue una modalidad exclusiva de los grupos 2 y 3 (nivel medio y medio-universitario respectivamente), debido a las ramas de actividad en las que estas mujeres ejercen su labor. En contraste con sus parejas varones que, en general, no podían realizar teletrabajo por el tipo de tareas que desempeñan, o bien, podían elegir por no ejecutar este tipo de modalidad. Se puede concluir que las mujeres realizaron más teletrabajo que los varones, lo que además tiene concordancia con los datos obtenidos en el último tiempo. En ese sentido, en base a la ECH 2020, observamos algunas alertas rojas en relación a las desigualdades de género. “Respecto de quienes declararon haber teletrabajado la semana anterior, lo hicieron 8,6% de los

varones y 14,5% de las mujeres, un punto de partida para comprender el posible vínculo entre teletrabajo y cuidados.” (LA DIARIA, Setiembre 2021).

Para la mayoría de las participantes de esta investigación, el teletrabajo implicó volver a formas antiguas de organización de la vida, apoyadas en la división sexual del trabajo, en el que la mujer estaba totalmente relegada al ámbito doméstico privado y el hombre era quien se desarrollaba en el ámbito público.

Esto no sólo ha generado un desgaste físico, psíquico, sino también emocional. Debido a que implicó la pérdida de espacios personales, así como también la sensación de no cumplir correctamente con su ocupación o tareas asignadas, y recargarse con las tareas del hogar. Aún cuando sus parejas varones se encontraban también en el mismo espacio, todo recaía sobre ellas. “Él estuvo en casa, pero ya te digo, estaba pero era como que no estaba” (Mujer, 31 años, NSE Medio).

Esta modalidad combinada con el cierre de las instituciones educativas, la retracción de todas las actividades extracurriculares y en ocasiones la pérdida de otras figuras cuidadoras como niñeras o abuelas, generaba que los niños estuviesen presentes la mayor parte del tiempo en los hogares, lo que implicó un mayor desgaste y una sensación generalizada de aturdimiento y colapso.

“También dejó de venir la señora (...) porque era mayor y no la queríamos hacer venir estando en pandemia. Entonces nos implicó... A mí me implicó, hacer todas esas tareas que yo tenía como delegadas, sea en el club, sea en la escuela, sea en la señora que los cuidaba. Todas esas tareas las tuve que empezar a hacer yo, en el mismo horario en el que también tenía que trabajar acá en casa” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

En ese sentido “el teletrabajo es una “trampa” para las mujeres ya que reproduce la división sexual del trabajo ubicando a las mujeres en los hogares y sobrecargándolas de las exigencias de las tareas que demandan el hogar y el empleo” (Moreno y Borrás, 2021, en LA DIARIA). Implicó en general un nuevo desafío al cual había que enfrentarse, y se suma a la lista de desafíos que tienen las mujeres y las madres en el sistema actual.

Las participantes en general mencionaron la valorización del tiempo de calidad, ya sea para desempeñarse en el trabajo o para materner. “Poder hacer lo que estás haciendo pero hacerlo bien. Estar con ellos, estar con ellos. Trabajar y sólo trabajar.” (...) “Al abarcar muchas cosas al mismo tiempo, sentís que ninguna la estás abarcando bien. Nada lo estás haciendo bien y tampoco lo estás disfrutando” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

De este modo se vieron desdibujados los límites del empleo y los del hogar, el trabajo no remunerado y las tareas de cuidado. Esto implicó por una parte la flexibilización de la jornada

laboral. Y por otra parte la fusión del hogar y el trabajo, una situación inédita que en general fue valorada de forma muy negativa: “El teletrabajo fue todo un desafío (...) más que un desafío una pesadilla te diría” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

En cuanto a esto se menciona: “Al hacer teletrabajo, yo trabajaba hasta las 14 hs pero eran las 16 hs y me decían: fijate tal cosa, y yo iba y me fijaba. Pero por otra parte también durante la jornada si estaba todo tranquilo yo aprovechaba y me ponía a lavar el baño, volvía a la compu y así” (Mujer, 31 años, NSE Medio).

“Tuve que hacer muchas adaptaciones, cambios en mi casa. Yo no tenía un escritorio cerrado, tenía un espacio que estaba muy integrado a toda la casa (...) Cuando empecé a teletrabajar tuve que de alguna manera invertir en el teletrabajo... cerrar, hacer un cuarto cerrado para no verme como invadida por todos, y yo no invadir el espacio común de la casa con el trabajo. (...) El desafío es que más allá de que yo genere un espacio cerrado... es cerrado físicamente, después se ve todo el tiempo atravesado por un montón de cosas. Las dinámicas de mis hijos, del hogar, el perro que ladra, mis hijos que me abren la puerta, darles de comer, vestirlos, que van al baño y los tengo que asistir, los deberes, el zoom...” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

Otro testimonio planteaba: “Para mí teletrabajar fue un colapso (...) Fue agotador porque yo estaba trabajando y no podía... o sea... me llevaba más tiempo el trabajo. O sea, yo tenía que cortar a las cinco y a veces eran las seis y media de la tarde y yo seguía en la computadora, pero ¿por qué? porque no estaba al 100 % metida las 8 hs que tenía que estar... porque era... *hijo* que iba al baño, por más de que estuviera el padre, era ‘mamá vení a limpiarme’... No hijo pero está tu padre... ‘no pero yo quiero que me vengas a limpiar’... entonces, ahí cortaba...” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

Si lo evaluamos en términos de pensar en la ejecución de las tareas del hogar, habitar ese espacio con mayor continuidad es deseable entendiendo que facilita la realización de las tareas domésticas. Sin embargo, en términos de productividad para el trabajo es indeseable. Provoca una sensación de malestar y de culpa en general, no poder cumplir con su ocupación de forma correcta. “No rendís de la misma manera. Te sentís mal por no rendir de la misma manera. Es re caótico. Al principio trabajas todo el día, trabajas más, es todo más desordenado” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

“No trabajaba nada que ver, lo que en casa me costaba 1 hora en el trabajo capaz que en 10 minutos lo hacía, ya sea por las facilidades de tener todo ahí, y otra porque siempre

estaban las nenas en la vuelta, por más que estuviera la niñera siempre se aparecían” (Mujer, 31 años, NSE Medio).

“Yo trabajando no soy la misma persona que si estuviera sola, distendida, concentrada en lo que estoy haciendo. No estoy concentrada en lo que estoy haciendo, estoy pendiente de las cosas que hacen ellos, si gritan, si esto. Entonces no significa que no lo podamos hacer, de hecho lo hago, pero no me gusta para nada, me parece horrible. Trabajar y cuidar hijos es horrible, es una tortura.” (Mujer, 33 años, NSE Medio).

En general se observa que el teletrabajo no es una actividad deseable para las mujeres que tiene que combinar todas las tareas relativas al TNR y al cuidado de las infancias en el hogar. “No sería algo que volvería a hacer. En un momento incluso pensé que si nos planteaban volver a hacer teletrabajo yo iba a tratar de hablar para que no” (Mujer, 32 años, NSE Medio). “Yo hacía porque era obligatorio, sino nadie me deja acá adentro” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

Y además de ello, representa una limitante en el desarrollo personal, ya sea como profesionales o empleadas, en tanto no pueden desplegar todas sus capacidades ni tomar otros desafíos, agravándose de este modo la brecha de género y la desigualdad.

“¿Siendo madre y en pandemia? Si antes tenías desventajas, ahora tenés 80 mil desventajas más... porque te quedás atrás, no podes hacer ciertas cosas y a nivel de competencia de mercado quedás atrás. Ya la maternidad te deja atrás. Pero ¿maternidad y pandemia? Olvidate, porque la sobrecarga queda en nosotras, la gran mayoría de las veces” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

Apartado III - Desigualdad de género en el Trabajo No Remunerado (TNR) y de cuidados

A la hora de generar análisis alrededor de las desigualdades, se puede deducir que la institución fundamental a observar es el mercado laboral. El mercado de trabajo reproduce desigualdades de género y clase social debido a sus lógicas patriarcales y de explotación. Además, la división sexual del trabajo, a partir de la cual se estructura la sociedad, propone un ordenamiento de las actividades en el mercado laboral que determina que las mujeres en general sigan ocupando empleos feminizados, o sea, de menor privilegio, o sea de menor remuneración. Esto impacta dentro del hogar, perpetuando disparidades en la carga que ellas asumen de trabajo no remunerado (TNR) y de cuidados, como veremos a continuación.

Desde el discurso, todas las participantes de este estudio presentan una mirada crítica alrededor de las desigualdades de género en el TNR y de cuidados. Sin embargo se denota una dificultad

muy pronunciada en construir prácticas más equitativas, y en general esto se debe a que las lógicas de la economía no lo permiten. El esquema hombre proveedor / mujer cuidadora que parece arcaico, está aún muy vigente, ya que aunque aparentemente tome otras formas, esencialmente las familias siguen organizándose bajo esta estructura.

Concretamente, se observa que las participantes del grupo 1 están desvinculadas del mercado laboral formal, y en este caso, el esquema hombre proveedor / mujer cuidadora se afianza y se intensifica, configurando circunstancias más agudas de desigualdad.

Sin embargo, en los grupos 2 y 3, más allá del vínculo estable que tienen estas mujeres con el empleo, ellas también construyen relaciones asimétricas con sus parejas, en las que se consolidan desigualdades. Se visualiza que a pesar de que estas mujeres también trabajan muchas horas al día, ocupan por defecto el lugar de cuidadoras, debido a que se prioriza en la organización familiar el empleo del varón, ya sea porque ellos perciben el ingreso más importante del hogar, así como también porque son quienes tienen las jornadas más largas y menos flexibles, lo que repercute directamente en su presencia y participación en el hogar. “Yo lo veo súper comprometido, o sea... estamos los dos comprometidos pero en distintos grados, porque lo que interfiere en él es la jornada laboral.” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

Ante esta situación, es unánime la respuesta acerca de que las mujeres no deben encargarse ni responsabilizarse solas de los cuidados. Sin embargo, en todos los casos hay una fuerte tendencia de que así suceda. Se advierte por parte de las participantes una cierta resignación. “Un comentario machista viene a ser. No me parece. Si lo tiene que hacer el padre lo tiene que hacer. Pero ta, sí es verdad igual, siempre la madre es la que se encarga” (Mujer, 29 años, NSE Bajo). “No conozco ningún caso en el cual sea al revés (...) Lo veo muy injusto. Me parece que podría ser distinto, pero todavía hay que recorrer un camino súper intenso para pasar eso.” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

Otro eje que surge de los discursos de las participantes es la capacidad de los varones de poder desprenderse del rol paterno. Y en su defecto, la imposibilidad que tienen ellas de desligarse de las responsabilidades asociadas a la maternidad. Los hombres son partícipes del TNR y de cuidados cuando están en el hogar, o sea, pocas horas del día. Sin embargo las mujeres ‘están también cuando no están’. “Yo me siento más implicada. Necesito estar. No logro separarme. En cambio veo que él tiene sus horas, se va, y ta. Se puede desenchufar. También yo soy mucho más culposa” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

Ellas no solamente ponen el cuerpo, sino que además realizan un trabajo cognitivo, que recae en general únicamente sobre ellas, que es continuo e independiente de si están o no dentro del hogar. Este aspecto será abordado y profundizado en el siguiente subapartado.

En definitiva, independientemente de la posición socioeconómica, la participación de los varones es claramente menor en el TNR y de cuidados que de las mujeres. Sin embargo, se percibe en los discursos de ellas una especie de ‘ilusión’ de equidad, que se apoya en la división de algunas tareas cotidianas. Si bien esta división existe, no es equitativa, por lo que sigue siendo injusta. Por ejemplo, si hay que afrontar 10 actividades referentes al hogar y al cuidado, y las mujeres afrontan 8 y los varones 2, existe la división, pero sigue habiendo desigualdad. Esta ‘ilusión’ de igualdad se detecta en tanto ellas plantean ‘dividimos las tareas’, o ‘él me ayuda’.

“Es como que hacemos un equipo con *marido*. Nos repartimos. **Yo hago más lo que tiene que ver con la crianza y los nenes.** Y todo lo que tiene que ver con los gastos y todo eso lo lleva él” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

“En cuanto al rol en la familia creo que somos los dos que tenemos el mismo, o sea nos complementamos. Yo me encargo de lo que es limpieza, organización y más que nada cosas de los nenes, y él se encarga de hacer los mandados y de cocinar últimamente también. Entonces ta, como que lo tenemos bastante dividido. **Pero sí siempre lo que involucra a los nenes, siempre soy yo, eso sí.**” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

“**Todo lo que es en el día lo hago yo.** Yo organizo todo, limpio, cuelgo ropa... Mi marido cuando entra de trabajar, o sea, de noche... nos dividimos, hay días que cocina él, días que cocino yo, días que friega él días que friego yo. Compartimos tareas. Me parece muy machista lo de que la mujer lo tiene que hacer sola. Él es muy compañero” (Mujer, 30 años, NSE Bajo).

Se observa una tendencia a equiparar cuestiones y tareas que no son comparables ya que demandan más desgaste, tiempo, organización y energía. La organización en ningún nivel es equitativa.

También, se tiende a una justificación de la actitud de los varones a través de lo que es el carácter o personalidad de ellos y de ellas. “Yo soy más así de que quiero todo perfecto (...) Yo tengo que estar supervisando todo siempre... es un gran defecto que tengo” (Mujer, 32, NSE Medio). A priori la conclusión es que en general las mujeres se terminan culpabilizando por querer que las cosas se hagan como se tienen que hacer, y no a medias como sí están dispuestos los varones, en ocasiones, a hacerlas. “Compartimos los cuidados pero ta, él lo vive como más... un poco más

liviano, sin tanta responsabilidad (...) Puede ser por las personalidades que tenemos ¿no?” (Mujer, 34, NSE Medio-U).

En concreto, se trata de tener que supervisar las tareas que hacen los maridos porque saben que no las hacen de manera correcta, o sobrecargarse ellas porque hay cuestiones que no están dispuestas a que salgan mal, sobre todo si tienen que ver directamente con los hijos y la posibilidad de que exista una mirada externa evaluativa o juzgadora. Ejemplo, hay cierto nivel de tolerancia si la pareja tiende mal la cama, no así si queda encargado de apoyar con los deberes al hijo y éste los lleva mal a la escuela.

Además, en ocasiones se genera un círculo vicioso en el que como los varones no toman iniciativa, las mujeres construyen una cierta desconfianza de depositar en ellos cuestiones que resultan importantes. Y por su parte los varones, no asumen roles ni ocupan determinados espacios porque ya están ocupados por las mujeres. En este sentido, algunas participantes plantearon una mirada crítica de su propio accionar:

“Nosotras mismas, las madres, creo que mostramos que los niños si no están con nosotras no pueden sobrevivir, y los padres no se pueden dar maña, y ta, no es así. Más allá de que la sociedad también ya lo tiene como algo impuesto eso, también en parte es culpa nuestra creo” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

“(…) nosotras mismas también incentivamos como al estar siempre. Y ser indispensables. Y no dejamos que la otra persona, que la parte paterna se resuelva sin que estemos haciéndole acuerdo, siendo de recordatorio constantemente de lo que tienen que hacer cuando está con ellos.” (Mujer, 33 años, NSE Medio).

De este modo se termina reproduciendo una lógica en la que se desequilibran las responsabilidades en la organización del hogar. ‘Porque ella lo hace entonces yo no lo hago... y como él no lo hace entonces lo hago yo’.

Frente a esto encontramos dos percepciones bien claras que surgen de las mujeres en todos los grupos. La primera tiene que ver con el disfrute, al afrontar más responsabilidades, las madres se autoperciben en lugares de mayor control y estrés por lo que disfrutan menos de compartir con sus hijos. Mientras los padres cubren un rol más relativo al juego, a la distensión y la diversión.

“Yo soy más estructurada, *marido* tiene la capacidad de distenderse y de jugar más (...) Todo eso que yo dije que quería ser madre para poder jugar y tirarme al suelo me cuesta horrores. Lo hago pero me come ver que hay cosas que hacer en la casa, o bañarse, comer, vestirse, la rutina” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

“Soy la más sargento con las nenas, *marido* es más tranqui. Yo soy como más, las clases, la rutina, que se bañen, que se laven los dientes, que se duerman” (Mujer, 31 años, NSE Medio).

Y, en segundo lugar se menciona la sensación de soledad. Este sentimiento nace de la necesidad de un sostén para la crianza, el cuidado y el hogar. El rol que debería cumplir la pareja, pero que sin embargo no logra ocupar, en ocasiones porque tiene que estar trabajando largas jornadas, o bien, por diversas circunstancias de la vida que generan la ausencia de esa figura paterna. “El hombre tiene que comprometerse mucho más, y me parece que el Estado debe ayudar también, por ejemplo las licencias para padres son muy cortitas. Una necesita un sostén” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

Entre las participantes del grupo 1, esta sensación se materializa en tanto sus primeras parejas resultaron en todos los casos ser padres abandonicos. En su mayoría estas mujeres desconocen el paradero de los padres de sus primeros hijos con quienes perdieron el vínculo hace años. Conversando sobre este hecho, una de las participantes planteó: “Cada tanto me siento con *hija* y le explico... Como el día del padre que pasó. Le digo... ¿Qué día es hoy? y le digo... ¿Quién es tu papá? Vos, me dice.” (Mujer, 31 años NSE Bajo). Ellas en general han formado nuevas parejas y familias, y en estos nuevos arreglos también se establecen relaciones asimétricas.

Las parejas de las participantes de todos los grupos están ausentes muchas horas al día producto del empleo, como fue mencionado. Se observa generalmente que, cuando los varones están presentes tampoco tienen una gran injerencia en las tareas cotidianas. Particularmente para las participantes del grupo 2 y 3 el TNR y de cuidados está simbólicamente muy ligado al amor, se intuye que es por esto que, en todos los casos, las mujeres se encargan de aclarar que sus parejas son buenos padres, amorosos y presentes. “Creo que yo a veces acaparo por mi forma de ser, pero él tiene muy buena participación, es un buen padre” (Mujer, 32 años, NSE Medio). “El papá, más allá de los dos trabajos, y de su ocupación y demás, cuando puede estar, está. Más allá de las cuestiones personales él siempre ha sido un padre presente y eso lo tengo que destacar.” (Mujer, 33 años, NSE Medio). En este punto no se trata de demonizar el actuar de los varones, simplemente se observa la existencia de la desigualdad.

Por otra parte, se deduce que las mujeres pertenecientes al grupo 1 tienen mayor naturalización del esquema hombre proveedor / mujer cuidadora, y entienden que el lugar de la pareja con los hijos es a través de aprovisionar dinero al hogar a fin de cubrir las necesidades más básicas. Una de las participantes (29 años, NSE Bajo) planteaba: “La participación de él es desde el lado del trabajo. Si tiene que hacer algo por ellos lo hace, pero participa más desde el lado del trabajo”.

¿Qué sucedió durante la pandemia? Como ya fue mencionado, se generaron nuevas dinámicas dentro de los hogares que profundizaron las desigualdades. En general las mujeres se vieron sobrepasadas por la constante demanda de sus hijos/as, las tareas del hogar, el desdibujamiento del espacio laboral producto del teletrabajo, y el encierro. Los sentimientos asociados a estos hechos fueron muy negativos. En general las participantes dijeron haberse sentido angustiadas, cansadas, colapsadas, lo que tuvo impacto en su salud mental.

“Es posible suponer que esta carga mental (...) puede generar más daños en la salud mental de **las mujeres**, quienes **tienen dos veces más chances que los varones de sufrir depresión y están recibiendo cada vez más medicación psiquiátrica**, según la Organización Mundial de la Salud.” (LA DIARIA, 2021).

Resulta interesante reflexionar acerca de las implicancias de la desigualdad, y cómo las condiciones macro del sistema nos atraviesan en lo más personal. “En el último tiempo sentí un deterioro mío, emocional, físico, en el sueño... Estaba como triste” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U). “Me sentí medio deprimida por no socializar con gente, por no ver algo para mí más allá de mis hijas” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

La configuración de esta nueva realidad trae consigo un fenómeno inédito, en el que se invierten los sentimientos asociados al hogar y al trabajo. Este hecho está ligado a los grupos 2 y 3 que tienen participantes con relaciones estables con el mercado laboral formal.

“Así como el hogar alguna vez fue un refugio para el trabajador cansado al cual volver al final del día, el lugar de trabajo se ha convertido en un refugio de una vida familiar exigente para muchas madres y padres trabajadores.” (LA DIARIA, 2021).

En este sentido, las participantes planteaban: “Soy una mujer que no me puedo quedar en casa. Tengo que producir algo para mí. El trabajo con la maternidad es fundamental (...) Hay mujeres que pueden quedarse, yo no tengo eso y nunca lo tuve” (34 años, NSE Medio-U).

“El día que volví al trabajo, si bien en parte el estar acá en casa era otro beneficio porque yo que sé... me levantaba 9 menos cuarto, me aprontaba el mate, me sentaba en la compu y ya estaba... y estaba todo el día de pijama... Pero, después cuando me dijeron que tenía que volver, en parte me daba un poco de pereza por eso... pero después fue cuando dije ta es un alivio, una liberación, porque o sea, salí de mi casa... me vestí, me arreglé... me independicé de mis hijos y de mi marido... y salí a la vida nuevamente” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

Se observa en el general de los discursos que el trabajo se asocia a un lugar de escape, de aire, de la rutina y del hogar. Que además tiene que ver con remarcar la necesidad de contar con espacio

personal, en el que el rol de madre queda en segundo plano, y que además propone en su dinámica el fortalecimiento de la identidad de la mujer como individuo más allá de su maternidad.

En relación a esto último, también se les consultó a todas las participantes por el uso de su tiempo libre y si ocupaban otros espacios además de lo familiar y del hogar. Ante esto, se percibe que las participantes del grupo 1 no tienen actividades más allá de su hogar, a lo sumo cada tanto visitan amigas que suelen ser vecinas, toman mate o las reciben en su casa. Las condiciones materiales de existencia son un claro limitante para el desarrollo de su vida personal. Por su parte, las mujeres del grupo 2 tienen actividades por fuera del hogar, pero no resulta un tiempo libre ‘real’, sino más bien buscan huecos y aprovechan los tiempos muertos en el que los niños están ocupados en alguna actividad. En general han planteado sentimientos de culpabilidad por dejar a sus hijos/as y tomarse tiempo personal.

“Para no sentirme culpable de, me voy, después de estar todo el día en la calle (*trabajando*). (...) Vos estás deseando llegar a tu casa para sentarte en el sillón y no hacer nada, y ellos están deseando que vos llegues para estar contigo. (...) Podría tener más espacio para mí, pero creo que en parte no quiero tampoco... por eso de la culpa” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

En el grupo 3 el tiempo libre personal está asociado con relacionarse con personas por fuera del hogar y hacer deporte, también en este caso el trabajo está vinculado al tiempo personal porque tiene una connotación identitaria.

En síntesis, una de las participantes (Mujer, 34 años, NSE Medio-U) reflexionando acerca de la desigualdad en el TNR y de cuidados mencionaba lo siguiente:

“Creo que es un mandato que está muy fuerte. Que por más que querramos... poder construir algo distinto es una lucha... (...) Yo me decía a mi misma de por qué no tenía una mentalidad más machista... Porque la iba a pasar mejor sin duda... Porque iba a hacer las cosas sin cuestionarme, no me iba a andar enojando, no me iba a andar molestando... Y teniendo una mirada como feminista... por lo menos más igualitaria... Creo que... en la maternidad y en la crianza es donde realmente se juega un partido muy importante... Ahí se complejiza más... y nada... mi mirada es que los cuidados tienen que estar divididos pero no es fácil... se está haciendo un camino... pero ta...”.

En este testimonio se puede ver resumida la situación de desigualdad, la consciencia de esa situación, la angustia que provoca, la necesidad de generar nuevos esquemas, pero también la resignación “se está haciendo un camino pero ta...”.

- Subapartado: La gerente del proyecto

¿Qué rol, qué papel sentís que ocupás vos en la organización familiar?

Soy el director general

(risas)

Sí, más o menos es algo así. Sí. Ta... Este...

Tengo un coordinador que me ayuda pero...

(Fragmento de entrevista_ NSE Medio-U).

Detrás de las prácticas de cuidado, existe un trabajo cognitivo y emocional que es fundamentalmente realizado por mujeres. A los fines de esta investigación, se les consulta a las participantes qué rol ocupan en la organización familiar, e independientemente del nivel socioeconómico de las mismas, se observa que todas tienen un nivel de implicancia en las tareas relativas al TNR y de cuidados que supera lo práctico, y que tiene que ver con integrar lo material, lo intelectual y lo afectivo.

Este trabajo, que según los argumentos, resulta más agotador que la propia práctica, responde al esfuerzo del pensamiento de las estrategias, la planificación, organización, responsabilidad, y desgaste que tienen las mujeres en el cuidado de sus hijos/as, y no así los varones. Ellos en general se limitan a participar con tareas concretas, a ejecutar labores puntuales, que realizan mientras están presentes en el hogar, que como fue mencionado, son pocas horas al día.

En relación a esto, una de las participantes (Mujer, 40 años, NSE Medio-U) comenta:

“Bueno... él tiene una... una presencia fuerte pero... su presencia fuerte está una vez que él está presente. En lo presencial. Este... pero también está presente con nosotros y con ellos, no tantas horas en el día. O sea, digamos que él llega a casa a las 18, 18:30 y es a partir de ahí que él empieza a estar como presente... este... Yo, aunque no esté en casa también estoy presente... O sea, hay un montón de cuestiones que tienen que ver con... desde qué vamos a comer, o qué comieron ellos ayer o que les voy a... Las cosas... Qué hay que comprar en el súper para no repetir la misma comida, para que coman frutas, o para que... no sé... ¿no? Que... a qué amiguito vamos a invitar para que juegue, bueno a ese amiguito... con qué lo vamos a invitar... no sé... Vamos a ir a una plaza a patinar, bueno, con quién vamos, qué amiguitos podemos llevar... o sea... todas esas cuestiones (...).”

En los tres niveles delimitados de este estudio, encontramos a las mujeres con un gran nivel de compromiso, que es fácilmente detectable en tanto se visualiza la manera en que tienen todo lo

que implica al universo de sus hijos/as en la cabeza. Reuniones escolares, controles médicos, comidas, actividades, motivación, etc. Ellas resultan ser el cerebro detrás de la ejecución, y participan de ambas actividades (pienso y ejecución).

“De las cosas de la casa y de ellos (*hijos/as*) me encargo yo siempre. O sea, si él tiene que hacer mandados o algo de eso lo hace... pero... si no, de pensar la comida, o llevar los gurises a la escuela, o ir a buscar fecha para el control (*médico*) soy yo” (Mujer, 29 años, NSE Bajo).

Daminger (2019) socióloga involucrada en la temática del TNR y de cuidados, y sus desigualdades, identifica cuatro etapas del trabajo mental relacionadas con las responsabilidades del hogar: anticipar las necesidades; identificar opciones; decidir entre las opciones; y monitorear los resultados. Esta investigadora demuestra que las mujeres participan activamente más que los varones en las cuatro etapas mencionadas. Y aunque los padres también se encuentran al tanto de las decisiones, no se implican de la misma manera. (Melissa Hogenboom, BBC Worklife, 25 agosto 2021)

En referencia a esto mismo, una participante (Mujer, 38 años, NSE Medio-U) plantea:

“Nos consultamos, nos preguntamos. Yo soy la que capaz en el día resuelvo cosas, que hay que comprar esto, o lo otro, o llevar a *hijo* acá allá, o la que sabe más de lo que necesita para la escuela, para esto, aquello”.

Lo que demuestra que si bien existe una cierta implicancia de los padres en el quehacer cotidiano, es mucho menor que la que tienen ellas. Como fue mencionado en el apartado anterior, más allá de que en ocasiones algunas participantes logran visualizar la desigualdad, se tiende hacia una justificación de la situación. “Porque en ese horario en sí él está trabajando, no tiene tiempo, pero sí, soy yo la que siempre está ahí con ellos” (Mujer, 29 años, NSE Bajo).

“Yo estoy más tiempo en casa también. Al estar ahí soy también la que va controlando que las cosas se vayan haciendo. Mismo de... qué es lo que falta para cocinar ese día... Yo soy como la que tengo la logística de todo” (Mujer, 31 años, NSE Medio).

La mayor responsabilización de las mujeres en este ámbito, implica para ellas, un alto nivel de desgaste, que termina repercutiendo en distintas áreas de la vida y en su sentir. Por ejemplo, en el caso de los grupos 2 y 3, las participantes también trabajan muchas horas al día, e incluso algunas tienen la misma profesión que sus parejas varones, sin embargo el compromiso y la carga son totalmente asimétricas.

“(…) Él en sus horas de trabajo que es de las 8:30 hasta las 6 de la tarde, él está como sólo avocando a su trabajo... y este... Y yo no. Yo estoy en mi trabajo pero a la vez estoy como craneando todo...” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

“Él me dice, te juro que me gustaría ayudarte más pero llego a casa sin energía y no puedo (...) También es una persona que fue criado de nunca hacer nada”. “Es más como padre de fin de semana (...) si están en casa siempre hace algún juego, pero ta... en tema hogar como que nada. Cero.” (Mujer, 31 años, NSE Medio).

¿Por qué los varones no pueden, pero ellas tienen que poder?. Como ya fue mencionado, las mujeres tienen mayores niveles de estrés, sentimientos negativos, sensaciones de, por momentos, no poder disfrutar de sus hijos, y su salud mental corre riesgo.

“Estás pensando en que hay que hacer la comida, y qué vamos a hacer de comer, y que mañana qué tienen que llevar de merienda, que... qué actividades tienen mañana, que mañana tiene basketball, que el fin de semana tiene una actividad que hay que confirmar a ver si se lo puede llevar... que hay que mandar el sobre a comisión fomento, que hay que ir a la reunión de la escuela, que esto, que lo otro... es como que estás todo el tiempo...” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

Se tiende a naturalizar y a otorgarle a la presencia de la madre un carácter omnipotente, que tiene que ver con una cierta idealización del rol materno y de las ‘características femeninas’. En el siguiente apartado se profundizará en esta cuestión, abordando el aspecto simbólico de la maternidad desde la mirada de las participantes.

Apartado IV - Maternidades

Llama siempre a tu madre cuando sufras, que vendrá muerta o viva: si está en el mundo a compartir tus penas, y si no, a consolarte desde arriba. Y lo hago así cuando la suerte ruda como hoy perturba de mi hogar la calma, invoco el nombre de mi madre amada, ¡y entonces siento que se ensancha mi alma! (Andrade)

A partir de las conversaciones con las participantes, se deduce en primera instancia que las ideas y vivencias acerca de la maternidad, como sucede con otros aspectos de la vida en general, se encuentran permeadas por el nivel socioeconómico y las condiciones de existencia, que han influenciado las trayectorias vitales de estas mujeres. Sin embargo, también se observan similitudes y puntos de encuentro, sobre todo en los pensamientos asociados a la maternidad como concepto.

Ellas, en general al referirse a la maternidad han planteado: “Es lo más lindo que te puede pasar” (Mujer, 31 años, NSE Bajo); “Es una experiencia única, una experiencia hermosa” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U). “Ser madre no lo puedo comparar con ninguna otra cosa, porque para mí es lo más lindo del universo.” (Mujer, 33 años, NSE Medio). Estos argumentos son independientes de las condiciones de vida, de las condiciones de la maternidad, del deseo, o de la planificación de los hijos.

En ese sentido, independientemente del grupo al que pertenecen, las mujeres se refirieron a la maternidad como un proceso de continuo aprendizaje, descubrimientos y transformación. “Madre se aprende a ser todos los días” (Mujer, 31 años, NSE Bajo). Además de asociarla con ideas y sentimientos positivos, a pesar de reconocer que el proceso también implica dolor, pérdida, y cansancio.

“Ser madre también es un proceso, tiene partes conflictivas en las que la mamá principalmente, que es la que está 24/7 365 días del año, aunque esté con el padre, siempre nos ocupamos de las cosas, de las vacunas de los pediatras, de qué están haciendo... **Siempre estamos como atentas a lo que hacen ellos aunque no estén con nosotras. Entonces, yo siempre digo que nuestra vida es totalmente compartida con nuestros hijos,** y bueno, a veces nos dejamos un poco de lado.” (Mujer, 33 años, NSE Medio).

Lo mencionado permite visualizar ciertos elementos, en principio se advierte la cuestión del proceso. Retomando la idea del apartado anterior, también se observa el lugar de la madre como figura omnipotente; y por último la cuestión de la identidad y la pérdida del espacio personal en sentido literal y figurado.

De este modo se observa que en general las participantes han planteado la maternidad como un asunto que demanda una implicancia total, en el que ellas pierden mucho pero ganan muchísimo también. “Es muy agotador, ser madre es muy demandante. Porque los controles (*médicos*), porque todo, te tenés que estar acordando de todo... que no se te olvide esto, y esto... es muy agotador” (Mujer, 30 años, NSE Bajo). “Me sentí como muy responsable de golpe. Todo lo que tenía que ver con mi independencia o mi individualidad ya dejaba de ser” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U) “Muchas veces querés buscar un espacio para vos y no lo encontrás” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

Se menciona en todos los grupos cuestiones relativas a la identidad y a la pérdida de espacio personal. Se observa que las mujeres de nivel socioeconómico medio y fundamentalmente las universitarias, transitan la maternidad también como un duelo. Esto último tiene que ver con el

momento en el que deciden tener hijos, que es en todos los casos posterior a recibirse y teniendo una cierta estabilidad económica y en la pareja. Estas mujeres que ya tienen un camino recorrido de manera independiente tienen que acoplarse de pronto a una vida compartida con los hijos. Haber transitado buena parte de su vida ‘solas’ les genera otros conflictos que por su parte las de NSE Bajo no tienen.

“Yo ya tenía un montón de años de ser independiente, de estar sola. Sola en el sentido de manejarme sola. Entonces claro, cuando tenés un bebé ahí de golpe te das cuenta que tenés que compatibilizar todo lo que vos hacés con otra persona, que además es un bebé” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

“La maternidad te transforma. Primero porque ya no estás sola. Tu identidad cambia, empezás a construir una nueva identidad. No sos la misma, no podés hacer lo mismo, no tenés el mismo tiempo, no tenés la misma libertad. Tu vida se transforma y es como que la tenés que volver a construir” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

Lo contrario sucede por ejemplo con las de NSE Bajo, que ingresan en la maternidad a muy tempranas edades, en su mayoría las integrantes de ese grupo tuvieron su primer hijo antes de los 18 años. En su momento, las que estudiaban y trabajaban dejaron todo para abocarse a la maternidad, su identidad es construida con la maternidad como centro, ya que al ser madres adolescentes tienen muy poco recorrido como mujeres independientes. Se construyen en conjunto con sus hijos.

“Para mí ser madre significó un golpe duro en realidad. Porque era muy joven, y ta, de repente mientras que yo tenía que cuidar a mi hija veía como otras gurisas de mi edad paseaban, salían, eh... Después cumplí la mayoría, muchos años después, y también... Mientras que se iban al baile mis amigas, se divertían, yo de repente tenía que quedarme cuidando a mis hijas” (Mujer, 30 años, NSE Bajo).

De esto se desprende además una reflexión en torno al mandato, al deseo y a la posibilidad que tienen las mujeres de elegir. Participantes de todos los grupos, que no muestran arrepentimiento frente a su maternidad, asumen que de haber podido elegir, hubiesen tenido a sus hijos más tarde (NSE Bajo), o además de elegir el ‘cuándo’ se hubiesen cuestionado sobre la posibilidad de no tenerlos (NSE Medio y Medio-U).

“No me cuestionaba... Era obvio que en algún momento hijos iba a tener ¿no? Era como... como obvio... (...) Y capaz está bueno también considerar que existe la posibilidad de no ser madre también, que es una de las opciones. No solamente cuándo sos madre, si más joven o más vieja... en qué etapa de la vida... sino que también puede

estar bien no ser mamá, y por elección ¿no? Como que las que no son madres es porque no pueden” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

Lo planteado nos habla de un mandato que está fuertemente arraigado, que tiene que ver con el vínculo que se construye entre mujer y madre como una cuestión obvia, natural, y totalmente esperable. Esto se cimenta en la primera infancia, en la socialización de las niñas y de los niños, y se refuerza continuamente a lo largo de la vida. Es importante cuestionarse ¿En qué lugar quedan las mujeres que no pueden tener hijos? ¿Y las que eligen no tener?.

Otros aspectos en los que se visualizan mandatos y cuestiones negativas de la maternidad resultan ser las vivencias de las mujeres madres sobre todo en los primeros años de vida de sus hijos. El deber ser y la idea de ‘buena madre’ surgieron en los discursos de todos los grupos acompañados de sentimientos de culpabilidad, angustia y agobio.

“Me costó pila porque intenté pila ser buena madre. Mi estilo de vida era muy bohemio, muy libre, y cuánto más independiente seas como mujer... mi teoría es que más te cuesta ser madre, porque tenés tu vida como ya armada ¿entendes? Entonces es como que tenés que ingresar a alguien a tu vida que es tu centro. (...) si no tenés un proyecto de vida muy armado ta. Pero cuando tenés un proyecto de vida armado (...) Te sentís como muy ahogado” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U).

Conversando acerca del juzgamiento, se observa que esto se da fundamentalmente cuando los hijos son bebés, y aunque las participantes reconocen que no son comentarios malintencionados, se sienten atacadas o incómodas ante estos. Muchos comentarios, en todos los niveles, se refieren a la etapa de lactancia “Recuerdo que me dijeron mejor amamantar que dar biberón, pero yo me había lastimado mucho, me sangraba y todo, y me sentía más presionada y no podía. Yo lloraba” (Mujer, 29 años, NSE Bajo). “Yo pecho a ellas no les di casi nada. ¿Y no le das pecho? ¿Y por qué? Y si no me sale, ¿qué más quisiera yo que darles? Sentía mucha culpa. Me estresaba mucho.” (Mujer, 31 años, NSE Medio). “Lo vivía con culpa ¿no? Ay que cruel que soy, yo no quiero dar teta y me lo está pidiendo y yo no quiero... Es un poco doloroso eso” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

Mencionan además el fundamentalismo que existe en torno al universo de los bebés, acerca de cómo manejar tal o cual situación. Se deduce que ese momento es de gran vulnerabilidad y al unísono están intentando construir su identidad de madre, mientras son bombardeadas desde los mandatos, desde los discursos de otras personas, desde el sistema, que les ordena cómo debe ser esa identidad, qué está bien y qué está mal. Por lo que es vivido con angustia y estrés según las participantes.

“Las madres están juzgadas todo el tiempo. Que si lo hiciste, que si no lo hiciste, que por qué lo hizo, por qué no lo hizo, que si le da teta, si no le da. (...) Me parece que uno tiene que estar muy seguro de lo que decide hacer, porque si vos estás flaqueando, las opiniones del entorno hacen que vos no despliegues lo que querías desplegar. (...) Si vos estás segura nadie te saca de ahí, y que opinen lo que quieran opinar” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

Resulta importante reflexionar que las mujeres son juzgadas y cuestionadas porque son mujeres, porque hay un sistema construido que las coloca en un lugar de cierta incapacidad, inmadurez, como inexpertas y desconocedoras de sus propios procesos. En ese esfuerzo detrás de perseguir el deber ser las mujeres se pierden de sí mismas colocando el foco total y únicamente en sus hijos/as. “Te perdes del centro. El centro pasan a ser los hijos y quedas en último lugar.” (Mujer 31 años, NSE Medio) “En el día de hoy me cuesta mucho pensarme yo” (Mujer, 34 años, NSE Medio-U). Además mencionan sensaciones de soledad y miedo a fallar.

“Es una soledad de no tener como tan claro internamente... ni toda la información necesaria... Yo tuve que construirme una visión propia de cómo quiero la maternidad. Pero mientras lo estás construyendo te genera incertidumbres, miedos, de no saber si estás haciendo las cosas bien, si te estás guiando por lo que te dicen o por lo que piensas” (Mujer, 40 años, NSE Medio-U).

“Te llena de dudas, te angustia por momentos. (...) Creo que a veces también te sentís sola. Me parece que faltan redes todavía que sostengan a las familias con hijos. Estás con mil cosas y encima tus hijos.” (Mujer, 38 años, NSE Medio-U).

“Te vienen pila de miedos, te empezás a replantear y a cuestionar si estás haciendo bien las cosas (...) Amás ser madre, pero a veces no querés, no querés ser madre, querés ser más persona que madre” (Mujer, 32 años, NSE Medio).

En general en todos los niveles, al conversar sobre la maternidad, se reitera que es un gran cambio, un desafío que implica mucha responsabilidad, que te hace desplegar capacidades que no sabías que tenías, y también te hace perder tu identidad, te obliga a reconstruirte y genera retribuciones inconmensurables que no se pueden entender si no las vivencias.

Se ven reiterados también argumentos de este tipo: “En realidad todo lo que uno quiere explicar de lo que siente hacia los hijos es raro, no hay palabras” Otorgándole a la maternidad y al amor por los hijos, un carácter inefable⁸.

⁸ Inefable: [cosa] Que no se puede explicar con palabras. (RAE)

Reflexiones finales

Las observaciones realizadas en este estudio han permitido cumplir con los objetivos planteados en el inicio de la investigación. En relación a la dimensión material, se pudo conocer las circunstancias del desarrollo de la maternidad y las diferencias en la gestión del TNR y de cuidados, antes y después de la pandemia, logrando exponer las implicancias que ésta tuvo en la cotidianidad de las mujeres. Teniendo en cuenta las desigualdades de clase y de género por las que son atravesadas las participantes de los distintos grupos, se logra demostrar la exposición que las mujeres tienen a los riesgos sociales, y las oportunidades y recursos con los que cuentan para gestionarlos. En cuanto a esto, se puede concluir que la propagación del Covid-19 ha generado profundización y nuevos escenarios de riesgo social, y que a mayor estabilidad socioeconómica y laboral, más óptima es la gestión de los riesgos.

En resumen, en el grupo 1 (NSE Bajo) se observa gran presencia del Estado como apoyo a la gestión de los riesgos, que sin embargo es insuficiente para asegurarles a las mujeres y sus familias una vida digna. El grupo 2 (NSE Medio) se ha visto sacudido a nivel económico producto de la emergencia sanitaria, pero, con dificultades han podido reponerse lentamente. Por último, en el grupo 3 (NSE Medio-U) las problemáticas producidas por la pandemia se asocian más a cuestiones psicológicas y emocionales.

A través de las vivencias de las participantes se comprueba que la organización dentro del hogar, en cuanto al TNR y de cuidados, se ha visto fuertemente afectada producto de la pandemia. Esto agudizó la desigualdad que previo a la emergencia sanitaria ya era observable. Las mujeres se vieron sobrecargadas, y los varones en todos los niveles tienen menor participación que ellas en estas tareas. Se visualiza que a mayor nivel socioeconómico, más personas hay involucradas en el cuidado, en términos de desigualdad esto se traduce en mayor amortiguación para las mujeres que pertenecen a esos grupos. Acerca del TNR y cuidados en pandemia, las cuestiones más sobresalientes, en tanto desgaste de las mujeres, fueron: hacerse cargo de las tareas de los niños en edades escolares; La situación general de encierro; Y el teletrabajo (para los grupos 2 y 3), dado que vieron coincidir el trabajo remunerado y no remunerado en un mismo espacio físico, además de la demanda constante de los niños de pasar tiempo de calidad, lo que estructuró cierta irritabilidad, cansancio y angustia en las participantes.

A la hora de generar análisis alrededor de las desigualdades, se puede deducir que la institución fundamental a observar es el mercado laboral, ya que reproduce desigualdades de género y clase social debido a sus lógicas patriarcales y de explotación. Si bien desde el discurso todas las participantes de este estudio presentan una mirada crítica alrededor de las desigualdades de

género en el TNR y de cuidados, se denota una dificultad muy pronunciada en construir prácticas más equitativas. Y esto se explica fundamentalmente por la organización económica del hogar. Por otra parte, también se observa que se tiende a naturalizar y a conceder a la presencia de la madre un carácter omnipotente, que tiene que ver con una cierta idealización del rol materno y de las ‘características femeninas’.

En cuanto a la dimensión subjetiva-emocional abordada en este estudio, se logra conocer los mandatos y significaciones que las participantes tienen de la maternidad, incorporando la diferencia de clase y la influencia de la pandemia. En relación a esto, se visualiza que a pesar de las diferencias de clase, que suelen ser determinantes y diferenciatorias en lo cotidiano, cuando nos referimos a la maternidad parece haber una matriz discursiva casi única. Sin embargo, se denotan disimilitudes a la hora de pensar en la identidad de las mujeres y la construcción de la identidad materna según el NSE de las participantes. En cuanto a la influencia de la pandemia, en tanto este suceso generó agotamiento, sobrecarga de tareas, y mayor tiempo compartido con los hijos, se puede concluir que no modificó las ideas ni las expectativas que habían generado en torno de la maternidad. “No es que la pandemia me hizo conocer a mis hijos, yo ya los conocía ya sabía cómo era.” Y a pesar de todo el malestar, también se recupera como positivo haber podido compartir más tiempo con los hijos/as.

Para finalizar, se desprende de esta investigación la clara necesidad de un Estado más presente que acompañe a las mujeres con políticas sociales (PPSS) integrales, que reconozcan las problemáticas y las diferencias que las mujeres tienen para desarrollarse plenamente en un sistema patriarcal. Se visualiza la dificultad en la implementación de las PPSS, en tanto a pesar de los esfuerzos las desigualdades se siguen agudizando. Las dinámicas institucionales, la crisis socioeconómica actual, así como las construcciones culturales, obstaculizan el camino de emancipación de las mujeres. En este sentido, es importante destacar el papel de los movimientos sociales que son motores de cambio, en tanto las batallas que se han dado en el plano social han sido fundamentales para generar cambios en la conciencia y en las prácticas de los sujetos.

Bibliografía

- ANTUNES, Ricardo. (1995): ¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo. Buenos Aires, Herramienta, 2003.
- Apuntes de clase, Pandemia y Crisis Global (2020), Facultad de Ciencias Sociales, Uruguay.
- Asignación Familiar por Hijo (AFAM) Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). Extraído de: <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/node/9763>
- ATLAS SOCIODEMOGRÁFICO DE LA DESIGUALDAD, FASCÍCULO V (2014), Ed. TRILCE. Extraído de: https://www.ine.gub.uy/documents/10181/34017/Atlas_fasciculo_5_Desigualdades_genero.pdf/06481eec-53ba-4c9a-931b-ef58969317a9
- Batthyány, K. et. al. (2014), Atlas Sociodemográfico y de la desigualdad del Uruguay, Fascículo 5, Desigualdades de género en Uruguay, INE, FCS, FCEA, MIDES, SING, INMUJERES, OPP, ONU MUJERES, Fondo de Población de las Naciones Unidas, Universidad de la República, Ed. Trilce, Montevideo, Uruguay. Recuperado de: http://www.ine.gub.uy/documents/10181/34017/Atlas_fasciculo_5_Desigualdades_genero.pdf/06481eec-53ba-4c9a-931b-ef58969317a9
- Batthyány, K, Cabrera, M (2011) Metodología de la investigación en ciencias sociales: apuntes para un curso inicial. Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR. Montevideo, Uruguay.
- Batthyány, K., Genta, N., & Perrota, V. (2015). Trabajo no remunerado y cuidados. Primeros resultados de la Encuesta de Uso del Tiempo 2013. En Boado, Marcelo (Coord.) El Uruguay desde la sociología 13. Montevideo: Doble Clic Editoras.
- BBC Worklife (agosto 2021), Escribe: Melissa Hogenboom, ¿Qué es la "desigualdad oculta" y por qué perjudica sobre todo a las mujeres que trabajan?, Extraído de: <https://www.bbc.com/mundo/vert-cap-58274896>
- Beck, Ulrich (1998) “La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad” Paidós, Barcelona.
- CABELLA, W, 2007 “El cambio familiar en Uruguay: una breve reseña de las tendencias recientes”, UNFPA (Fondo de Población de las Naciones Unidas Uruguay), Extraído de https://uruguay.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/7_file1.pdf
- Cáceres, L, Oblitas, B, Parra, L (2000) “La entrevista en Trabajo Social” Editorial Espacio, Buenos Aires. Recuperado de: <https://trabajosocialquiyahoraonline.files.wordpress.com/2019/11/la-entrevista-en-trabajo-social.pdf>
- CASTEL, Robert. (1995): “Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado.” Capítulo VII “La sociedad salarial”, pág. 325 a 388.
- Castel, Robert (2010). El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina. Prefacio (páginas 15 – 55) y Capítulo VIII (páginas 189 – 206).
- CEPAL (2020). “América Latina y el Caribe ante la pandemia del Covid-19. Efectos económicos y sociales” En Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Informe especial Covid-19 N° 1.
- CEPAL FEBR 2021, La pandemia del COVID-19 generó un retroceso de más de una década en los niveles de participación laboral de las mujeres en la región. Extraído de: <https://www.cepal.org/es/comunicados/la-pandemia-covid-19-genero-un-retroceso-mas-decada-niveles-participacion-laboral>
- De Jong, E. (2001) La familia en los albores del nuevo milenio. Buenos Aires: Espacio.
- Dussell, Enrique (2020) “Cuando la naturaleza jaquea la orgullosa modernidad”, La Jornada, 4 de abril 2020.

- Gonzalez, N. et. al. (2017): Estadísticas de Género 2017, SIG-Inmujeres, MIDES en base a ECH 2006-2017, Uruguay. Recuperado de: <http://dspace.mides.gub.uy:8080/xmlui/bitstream/handle/123456789/987/eg%202017.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- HARVEY, David. (1990): “La condición de la posmodernidad Investigación sobre los orígenes del cambio cultural”. Edición original Basil Blackwell Ltd., Oxford, Inglaterra. Traducción, Martha Eguía.
- Informe especial Covid-19 N° 2 (2020), “Dimensionar los efectos del Covid-19 para pensar en la reactivación”. Comisión Económica para América Latina y el Caribe”
- Jelin, Elizabeth (1998), del libro Pan y Afectos Cap. 1 “La autoridad patriarcal y los procesos de individuación, Cap. 2. La separación entre casa y trabajo y Cap. 5 Lo público y lo privado.
- Karina Batthyány • Natalia Genta • Sol Scavino / 2016. ARTIGOS, Análisis de género de las estrategias de cuidado infantil en Uruguay. Extraído de: <https://www.scielo.br/j/cp/a/H436ry7yMHpvvVGdnrh5WKN/?format=pdf&lang=es>
- Kergoat, Danielle. (2003): “De la relación social de sexo al sujeto sexuado”, en Revista Mexicana de Sociología, año 65, núm. 4, octubre-diciembre 2003, México, pp. 841-861. Extraído de: <http://www.ejournal.unam.mx/rms/2003-4/RMS03405.pdf>
- LA DIARIA, Publicado el 17 de julio de 2021, Escribe Ignacio Pardo, Uruguay en su mínimo histórico de fecundidad: ¿y ahora qué?. Extraído de: <https://ladiaria.com.uy/salud/articulo/2021/7/uruguay-en-su-minimo-historico-de-fecundidad-y-ahora-que/#:~:text=Tras%202020%2C%20la%20fecundidad%20uruguaya,baja%20promete%20intensas%20discusiones%20pol%C3%ADticas>.
- LA DIARIA (agosto 2021), en Empleo y Producción. Se votó la ley de teletrabajo: ¿qué cambios implica para trabajadores y empleadores? Extraído de: <https://ladiaria.com.uy/trabajo/articulo/2021/8/se-voto-la-ley-de-teletrabajo-que-cambios-implica-para-trabajadores-y-empleadores/>
- LA DIARIA (setiembre 2021), Escribe Karina Batthyány, Natalia Genta, Sharon Katzkowicz, Sol Scavino, Valentina Perrotta, en Feminismos › Desigualdades. Teletrabajo: una propuesta de ley ciega al género en el marco de una crisis que ha afectado más las condiciones laborales de las mujeres. Extraído de: <https://ladiaria.com.uy/feminismos/articulo/2021/9/teletrabajo-una-propuesta-de-ley-ciega-al-genero-en-el-marco-de-una-crisis-que-ha-afectado-mas-las-condiciones-laborales-de-las-mujeres/>
- Lamas, Marta Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género Papeles de Población, vol. 5, núm. 21, julio-septiembre, 1999, pp. 147-178 Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, México <https://www.redalyc.org/pdf/112/11202105.pdf>
- LAMAS, Marta (2000): “Género”, en Zárate, Mónica y Gall Olivia. coord. Mujeres al Timón en la Función Pública (Manual de Liderazgo Social)
- Lessa, S (1999). El proceso de producción y reproducción social: trabajo y sociabilidad. Publicado en “Capacitação em Serviço Social, Módulo 2, pp 20-33 CEAD-UNB, 1999” Este y otros textos del autor disponibles en: <http://www.sergiolessa.com>
- Ley N° 19978, Aprobación de normas para la promoción y regulación del teletrabajo. Extraído de: <https://www.impo.com.uy/bases/leyes/19978-2021>
- LEY SNIC N° 19353 - Extraído de: <https://www.impo.com.uy/bases/leyes/19353-2015>
- Martínez Franzoni, Juliana (2008). ¿Arañando bienestar?. Trabajo remunerado, protección social y familias en América Latina. Colección CLACSO – CROP. CLACSO Libros. Buenos Aires, Argentina. Introducción y Capítulo 1.
- Merklen, D (2013) Las dinámicas contemporáneas de la individuación. En Castel, R; Kessler, G; Merklen, D, y Murad, N. Individuación, precariedad, inseguridad ¿Desinstitucionalización del presente? Buenos Aires: Paidós.

- Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), (s/f), Género. Extraído de: <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/genero>
- Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), Observatorio Social, Sistema de Información de género. Extraído de: http://sigenero.mides.gub.uy/Nuevo_Test/portalObservaGenero/programas.php#
- Nuñez Sandino, (2020), “Virus Virus”, extraído de: <https://txt2020.blogspot.com/2020/03/virus-virus-sandino-nunez.html>
- ONU Mujeres, Unicef. 2020. Principales resultados de la Encuesta sobre niñez, género y uso del tiempo en el marco de la emergencia sanitaria. Uruguay. Recuperado de: https://www2.unwomen.org/-/media/field%20office%20americas/documentos/publicaciones/2020/05/06/uy-un%20women%20y%20unicef_encuesta%20mayo%202020-comprimido.pdf?la=es&vs=1420
- Sanahuja, J.A (2020) “COVID-19: Riesgo, Pandemia y Crisis de la gobernanza global”, en Anuario CEIPAZ, pp. 27-5
- Scott, J (1990) El género una categoría útil para el análisis histórico en “Amelany y Nash, comp. Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea. Madrid: Ed. Alfons
- SALARIO MÍNIMO NACIONAL, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS). Extraído de: <https://www.gub.uy/ministerio-trabajo-seguridad-social/comunicacion/noticias/salario-minimo-nacional-aumenta-19364#:~:text=A%20partir%20del%201.%C2%BA,determinar%20el%20salario%20por%20hora>
- Sol Scavino Solari, 2016, Cuidados y subjetivación de género. Un análisis del discurso de las mujeres que constituyen hogares monoparentales con hijos pequeños. Extraído de: http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-70262017000100141
- Svampa, Maristella (2020) “Reflexiones para un mundo post-coronavirus”, Nueva Sociedad, abril 2020
- Tarjeta Uruguay Social (TUS) Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). Extraído de: <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/politicas-y-gestion/programas/tarjeta-uruguay-social>
- Vacca, L, Coppolecchia, F (2012) Una crítica feminista al derecho a partir de la noción de biopoder de Foucault. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.